

Mario Vargas Llosa



Elogio de
la madrastra

GRANDES NOVELISTAS • EMECÉ

ELOGIO DE LA MADRASTRA
MARIO VARGAS LLOSA

*Editorial Grijalbo S.A. de C.V. Enero de 1998 Diseño de Cubierta
:BMB Impreso en Mexico*

A Luis G.
Berlanga con cariño
y admiración

*Il faut porter ses vices comme un
manteau royal, sans hate.
Comme une aureole qu'on ignore,
dont on fait semblant de ne pas s'apercevoir.
Il ny a que les etres a vice
dont le contour ne s'estompe
dans la boue hialine de l'atmosphere.
La beaute est un vice, merveilleux, de la forme.*

Cesar Moro, *Amour a mort*
El cumpleaños de dona Lucrecia

El día que cumplió cuarenta años, dona Lucrecia encontró sobre su almohada una misiva de trazo infantil, caligrafiada con mucho cariño:

«.Feliz cumpleaños, madrastra!

»No tengo plata para regalarte nada pero estudiare mucho, me sacare el primer

puesto y ese sera mi regalo. Eres la mas buena y la mas linda y yo me sueno todas

las noches contigo.

».Feliz cumpleaños otra vez!

»Alfonso» Era medianoche pasada y don Rigoberto estaba en el cuarto de baño entregado a sus abluciones de antes de dormir, que eran complicadas y lentas. (Después de la pintura erótica, la limpieza corporal era su pasatiempo favorito; la espiritual no lo desasosegaba tanto.) Emocionada con la carta del niño, dona Lucrecia sintió el impulso irresistible de ir a verlo, de agradecersele. Esas líneas eran su aceptación en la familia, en verdad. ¿Estaría despierto? ¿Que importaba! Si no, lo besaría en la frente con mucho cuidado para no recordarlo. Mientras bajaba las escaleras alfombradas de la mansión a oscuras, rumbo a la alcoba de Alfonso, iba pensando: «Me lo he ganado, ya me quiere». Y sus viejos temores sobre el niño comenzaron a evaporarse como una leve niebla corroida por el sol del verano limeno. Había olvidado echarse encima la bata, iba desnuda bajo el ligero camison de dormir de seda negra y sus formas

blancas, uberrimas, duras todavía, parecían flotar en la penumbra entrecortada por los reflejos de la calle. Llevaba sueltos los largos cabellos y aun no se había quitado los pendientes, anillos y collares de la fiesta. En el cuarto del niño – .cierto, Foncho leía siempre hasta tardísimo!– había luz. Dona Lucrecia tocó con los nudillos y entró: « .Alfonsito! ». En el cono amarillento que irradiaba la lamparilla del velador, de detrás de un libro de Alejandro Dumas, asomó, asustada, una carita de Niño Jesús. Los bucles dorados revueltos, la boca entreabierta por la sorpresa mostrando la doble hilera de blanquísimos dientes, los grandes ojos azules desorbitados tratando de rescatarla de la sombra del umbral. Dona Lucrecia permanecía inmóvil, observándolo con ternura. .Que bonito niño! Un ángel de nacimiento, uno de esos pajes de los grabados galantes que su marido escondía bajo cuatro llaves. –.Eres tú, madrastra? – Que cartita más linda me escribiste, Foncho. Es el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca, te juro. El niño había brincado y estaba ya de pie sobre la cama. Le sonreía, con los brazos abiertos. Mientras avanzaba hacia él, risuena también, dona Lucrecia sorprendió – .adivino?– en los ojos de su hijastro una mirada que pasaba de la alegría al desconcierto y se fijaba, atónita, en su busto. «Dios mío, pero si estás casi desnuda», pensó. «Como te olvidaste de la bata, tonta. Que espectáculo para el pobre chico». .Había, tomado más copas de lo debido? Pero Alfonsito ya la abrazaba: «.Feliz cumpleaños, madrastra!». Su voz, fresca y despreocupada, rejuvenecía la noche. Dona Lucrecia sintió contra su cuerpo la espigada silueta de huesecillos frágiles y pensó en un pajarillo. Se le ocurrió que si lo estrechaba con mucho ímpetu el niño se quebraría como un carrizo. Así, el de pie sobre el lecho, eran de la misma altura. Le había enroscado sus delgados brazos en el cuello y la besaba amorosamente en la mejilla. Dona Lucrecia lo abrazó también y una de sus manos, deslizándose bajo la camisa del pijama azul marino, de filos rojos, le repasó la espalda y la palmeó, sintiendo en la yema de los dedos el delicado graderío de su espina dorsal. «Te quiero mucho, madrastra», susurro la vocecita junto a su oído. Dona Lucrecia sintió dos breves labios que se detenían ante el lobulo inferior de su oreja, lo calentaban con su vaho, lo besaban y lo mordisqueaban, jugando. Le pareció que al mismo tiempo que la acariciaba, Alfonsito se reía. Su pecho desbordaba de emoción. Y pensar que sus amigas le habían vaticinado que este hijastro sería el obstáculo mayor, que por su culpa jamás llegaría a ser feliz con Rigoberto. Conmovida, lo besó también, en las mejillas, en la frente, en los alborotados cabellos, mientras, vagamente, como venida de lejos, sin que se percatara bien de ello, una sensación diferente iba calándola de un confín a otro de su cuerpo, concentrándose sobre todo en aquellas partes –los pechos, el vientre, el dorso de los muslos, el cuello, los hombros, las mejillas expuestas al contacto del niño. «.De veras me quieres mucho?», pregunto, intentando apartarse. Pero Alfonsito no la soltaba. Y, más bien, mientras le respondía, cantando, «Muchísimo, madrastra, eres a la que más», se colgó de ella. Después, sus manecitas la tomaron de las sienes y le echaron hacia atrás la cabeza. Dona Lucrecia se sintió picoteada en la frente, en los ojos, en las cejas, en la mejilla, en el mentón... Cuando los delgados labios rozaron los suyos, apretó los dientes, confusa. .Comprendía Fonchito lo

que estaba haciendo? .Debia apartarlo de un tiron? Pero no, no, como iba a haber la menor malicia en el revoloteo saltarin de esos labios traviesos que dos, tres veces, errando por la geografia de su cara se posaron un instante sobre los suyos, presionandolos con avidez. –Bueno, y ahora a dormir –dijo, por fin, zafandose del nino. Se esforzo por lucir mas desenvuelta de lo que estaba–. Si no, no te levantarás para el colegio, chiquitin. El nino se metio en la cama, asintiendo. La miraba risueno, con las mejillas sonrosadas y una expresion de arropo. .Que iba a haber malicia en el! Esa carita limpida, sus ojos regocijados, el pequeno cuerpo que se arrebujaba y encogia bajo las sabanas .no eran la personificacion de la inocencia? .La podrida eres tu, Lucrecia! Lo arropo, le enderezo la almohada, lo beso en los cabellos y le apago la luz del velador. Cuando salia del cuarto, lo oyo trinar: –.Me sacare el primer puesto y te lo regalare, madrastra! –.Prometido, Fonchito? –.Palabra de honor! En la intimidad complice de la escalera, mientras regresaba al dormitorio, dona Lucrecia sintio que ardia de pies a cabeza. «Pero no es de fiebre», se dijo, aturrida. .Era posible que la caricia inconsciente de un nino la pusiera asi? Te estas volviendo una viciosa, mujer. .Seria el primer sintoma de envejecimiento? Porque, lo cierto es que llameaba y tenia las piernas mojadas. .Que verguena, Lucrecia, que verguena! Y de pronto se le cruzo por la cabeza el recuerdo de una amiga licenciosa que, en un te destinado a recolectar fondos para la Cruz Roja, habia levantado rubores y risitas nerviosas en su mesa al contarles que, a ella, dormir siestas desnuda con un ahijadito de pocos anos que le rascaba la espalda, la encendia como una antorcha.

Don Rigoberto estaba tumbado de espaldas, desnudo sobre la colcha granate con estampados que semejabán alacranes. En el cuarto sin luz, apenas aclarado por el resplandor de la calle, su larga silueta blanquecina, vellosa en el pecho y en el pubis, permanecio quieta mientras dona Lucrecia se descalzaba y se tendia a su lado, sin tocarlo. .Dormia ya su marido? –.Donde fuiste? –lo oyo murmurar, con la voz pastosa y demorada del hombre que habla desde el crepitar de la ilusion, una voz que ella conocia tan bien–. .Por que me abandonaste, mi vida? –Fui a darle un beso a Fonchito. Me escribio una carta de cumpleaños que no sabes. Por poco me hizo llorar de lo carinosa que es. Adivino que el apenas la oia. Sintio la mano derecha de don Rigoberto rozando su muslo. Quemaba, como una compresa de agua hirviendo. Sus dedos escarbaron, torpes, por entre los pliegues y repliegues de su camison de dormir. «Se dara cuenta que estoy empapada», penso, incomoda. Fue un malestar fugaz, porque la misma ola vehemente que la habia sobresaltado en la escalera volvio a su cuerpo, erizandolo. Le parecio que todos sus poros se abrian, ansiosos, y aguardaban. –.Fonchito te ha visto en camison? –fantaseo, enardecida, la voz de su marido–. Le habras dado malas ideas al chiquito. Esta noche tendra su primer sueno erotico, quizas. Lo oyo reirse, excitado, y ella se rio tambien: «Que dices, tonto». A la vez, simulo golpearlo, dejando caer la mano izquierda sobre el vientre de don Rigoberto. Pero lo que toco fue un asta humana empinandose y latiendo. –.Que es esto? .Que es esto? –exclamo dona Lucrecia, apresandola, estirandola, soltandola, recuperandola–. Mira lo que me he encontrado, pues, vaya sorpresa. Don Rigoberto ya la habia encaramado sobre el y la besaba con delectacion, sorbiendole los labios, separandoselos. Largo rato, con los ojos cerrados, mientras sentia la punta de la lengua de su

marido explorando la cavidad de su boca, paseando por las encias y el paladar, afanandose por gustarlo y conocerlo todo, dona Lucrecia estuvo sumida en un atontamiento feliz, sensacion densa y palpitante que parecia ablandar sus miembros y abolirlos, haciendola flotar, hundirse, girar. En el fondo del torbellino placentero que era ella, la vida, como asomando y desapareciendo en un espejo que pierde su azogue, se delineaba a ratos una carita intrusa, de angel rubicundo. Su marido le habia levantado el camison y le acariciaba las nalgas, en un movimiento circular y metodico, mientras le besaba los pechos. Lo oia murmurar que la queria, susurrar tiernamente que con ella habia empezado para el la verdadera vida. Dona Lucrecia lo beso en el cuello y mordisqueo sus tetillas hasta oirlo gemir; luego, lamio despacito aquellos nidos que tanto lo exaltaban y que don Rigoberto habia lavado y perfumado cuidadosamente para ella antes de acostarse: las axilas. Lo oyo ronronear como un gato mimoso, retorciendose bajo su cuerpo. Apresuradas, sus manos separaban las piernas de dona Lucrecia, con una suerte de exasperacion. La acucillaron sobre el, la acomodaron, la abrieron. Ella gimio, adolorida y gozosa, mientras, en un remolino confuso, divisaba una imagen de san Sebastian flechado, crucificado y empalado. Tenia la sensacion de ser corneada en el centro del corazon. No se contuvo mas. Con los ojos entrecerrados, las manos detras de la cabeza, adelantando los pechos, cabalgo sobre ese potro de amor que se mecia con ella, a su compas, rumiando palabras que apenas podia articular, hasta sentir que fallecia. –.Quien soy? –averiguo, ciega–. .Quien dices que he sido? –La esposa del rey de Lidia, mi amor –estallo don Rigoberto, perdido en su sueno.

Candaules, rey de Lidia

Soy Candaules, rey de Lidia, pequeno pais situado entre Jonia y Caria, en el corazon de aquel territorio que siglos mas tarde llamaran Turquía. Lo que mas me enorgullece de mi reino no son sus montanas agrietadas por la sequedad ni sus pastores de cabras que, cuando hace falta, se enfrentan a los invasores frigios y eolios y a los dorios venidos del Asia, derrotandolos, y a las bandas de fenicios, lacedemonios y a los nomadas escitas que llegan a pillar nuestras fronteras, sino la grupa de Lucrecia, mi mujer. Digo y repito: grupa. No trasero, ni culo, ni nalgas ni posaderas, sino grupa. Porque cuando yo la cabalgo la sensacion que me embarga es esa: la de estar sobre una yegua musculosa y aterciopelada, puro nervio y docilidad. Es una grupa dura y acaso tan enorme como dicen las leyendas que sobre ella corren por el reino, inflamando la fantasia de mis subditos. (A mis oidos llegan todas pero a mi no me enojan, me halagan.) Cuando le ordeno arrodillarse y besar la alfombra con su frente, de modo que pueda examinarla a mis anchas, el precioso objeto alcanza su mas hechicero volumen. Cada hemisferio es un paraíso carnal; ambos, separados por una delicada hendidura de vello casi imperceptible que se hunde en el bosque de blancuras, negruras y sedosidades embriagadoras

que corona las firmes columnas de los muslos, me hacen pensar en un altar de esa religion barbara de los babilonios que la nuestra borro. Es dura al tacto y dulce a los labios; vasta al abrazo y calida en las noches frias, una almohada tierna para reposar la cabeza y un surtidor de placeres a la hora del asalto amoroso. Penetrarla no es facil; doloroso mas bien, al principio, y hasta heroico por la resistencia que esas carnes rosadas oponen al ataque viril. Hacen falta una voluntad tenaz y una verga profunda y perseverante, que no se arredran ante nada ni nadie, como las mias. Cuando le dije a Giges, hijo de Dascilo, mi guardia y ministro, que yo estaba mas orgulloso de las proezas cumplidas por mi verga con Lucrecia en el suntuoso bajel lleno de velamenes de nuestro talamo que de mis hazanas en el campo de batalla o de la equidad con que imparto justicia, el festejo con carcajadas lo que creia una broma. Pero no lo era: lo estoy. Dudo que muchos habitantes de Lidia puedan emularme. Una noche –estaba ebrio– solo por averiguarlo llame al aposento a Atlas, el mejor armado de los esclavos etiopes. Hice que Lucrecia se inclinase ante el y le ordene que la montara. No lo consiguio, por lo intimidado que estaba en mi delante o porque era un desafio excesivo para sus fuerzas. Varias veces lo vi adelantarse, resuelto, empujar, jadear y retirarse, vencido. (Como el episodio mortificaba la memoria de Lucrecia, a Atlas lo mande luego decapitar.) Porque lo cierto es que a la reina yo la quiero. Todo en mi esposa es dulce, delicado, en contraste con la esplendidez exuberante de su grupa: sus manos y sus pies, su cintura y su boca. Tiene una nariz respingada y unos ojos languidos, de aguas misteriosamente quietas que solo el placer y la colera agitan. Yo la he estudiado como hacen los eruditos con los viejos infolios del Templo, y aunque creo saberla de memoria, cada dia –cada noche, mas bien– descubro en ella algo nuevo que me entenece: la suave linea de los hombros, el travieso huesecillo del codo, la finura del empeine, la redondez de sus rodillas y la transparencia azul del bosquecillo de sus axilas. Hay quienes se aburren pronto de su mujer legitima. La rutina del matrimonio mata el deseo, filosofan, que ilusion puede durar y embravecer las venas de un hombre que se acuesta, a lo largo de meses y anos, con la misma mujer. Pero a mi, a pesar del tiempo de casados que llevamos, Lucrecia, mi senora, no me hastia. Nunca me ha aburrido. Cuando voy a la caza del tigre y el elefante, o a la guerra, su recuerdo acelera mi corazon igual que los primeros dias y cuando acaricio a alguna esclava o mujer cualquiera para distraer la soledad de las noches en la tienda de campana, mis manos sienten siempre una lacerante decepcion: esos son apenas traseros, nalgas, posaderas, culos. Solo la de ella –.ay, amada!– grupa. Por eso le soy fiel de corazon; por eso la amo. Por eso le compongo poemas que le recito al oido y a solas me echo de bruces al suelo a besarle los pies. Por eso he cubierto sus cofres de alhajas y pedrerias y encargado para ella de todos los rincones del mundo esos calzados, vestidos y adornos que nunca terminara de estrenar. Por eso la cuido y venero como la mas exquisita posesion de mi reino. Sin Lucrecia, la vida para mi seria muerte. La historia real de lo ocurrido con Giges, mi guardia y ministro, no se parece mucho a las habladurias sobre el episodio. Ninguna de las versiones que he oido roza siquiera la verdad. Siempre es asi: aunque la fantasia y lo cierto tienen un mismo corazon, sus rostros son como el dia y la noche, como el fuego y el

agua. No hubo apuesta ni trueque de ninguna especie; todo ocurrió de improviso, por un súbito arranque mío, obra de la casualidad o intriga de algún diosillo jugueteo. Habíamos asistido a una interminable ceremonia en el descampado vecino a Palacio, donde las tribus vasallas venidas a presentarme sus tributos ensordecieron nuestros oídos con sus cantos salvajes y nos cegaron con la polvareda que levantaban las acrobacias de sus jinetes. Vimos también a una pareja de esos hechiceros que curan los males con ceniza de cadáveres y a un santo que oraba girando sobre los talones. Este último fue impresionante: impulsado por la fuerza de su fe y por los ejercicios respiratorios que acompañaban su danza –un jadeo ronco y creciente que parecía salir de sus entrañas– se convirtió en un remolino humano, y, en un momento dado, su velocidad lo desapareció de nuestra vista. Cuando de nuevo se corporizó y se detuvo, sudaba como los caballos después de una carga y tenía la palidez alhelada y los ojos aturcidos de los que han visto a un dios o a varios. De los hechiceros y el santo estábamos hablando mi ministro y yo, mientras paladeábamos una copa de vino griego, cuando el buen Giges, con ese chispeo malicioso que la bebida deposita en su mirada, bajo de pronto la voz para susurrarme: –La egipcia que he comprado tiene el trasero más hermoso que la Providencia concedió nunca a una mujer. La cara es imperfecta; los pechos menudos y suda en exceso; pero la abundancia y generosidad de su posterior compensa con creces todos sus defectos. Algo cuyo solo recuerdo me produce vértigo, Majestad. –Muestrámelo y yo te mostraré otro. Compararemos y decidiremos cuál es el mejor, Giges. Lo vi desconcertarse, parpadear y entreabrir los labios para no decir nada. ¿Creyo que me burlaba? ¿Temo haber oído mal? Mi guardia y ministro sabían muy bien de quien hablabamos. Formulé aquella propuesta sin pensar, pero, una vez hecha, un gusanito dulce comenzó a roerme el cerebro y a causarme ansiedad.

–Te has quedado mudo, Giges. ¿Qué te ocurre?

–No sé qué decir, señor. Estoy confuso.

–Ya lo veo. En fin, responde. ¿Aceptas mi oferta?

–Su Majestad sabe que sus deseos son los míos.

Así comenzó todo. Fuimos primero a su residencia y, al fondo del jardín, donde están las termas de vapor, mientras sudábamos y su masajista nos rejuvenecía los miembros, examiné a la egipcia. Una mujer muy alta, con el rostro averiado por esas cicatrices con que las gentes de su raza consagran a las muchachas puberes a su sangriento dios. Ya había dejado atrás la juventud. Pero era interesante y atractiva, lo admito. Su piel de ébano brillaba entre las nubes de vapor como si hubiera sido barnizada y todos sus movimientos y actitudes revelaban una extraordinaria soberbia. No había en ella asomo de ese abyecto servilismo tan frecuente en los esclavos para ganar el favor de sus dueños, sino más bien una

elegante frialdad. No entendia nuestro idioma pero descifraba al instante las instrucciones que mediante gestos le impartia su amo. Cuando Giges le indico lo que queriamos ver, ella, envolviendonos a ambos unos segundos en su mirada sedosa y despectiva, dio media vuelta, se inclino y con ambas manos levanto su tunica, ofreciendonos su mundo trasero. Era notable, en efecto, y milagroso para quien no fuera el marido de Lucrecia, la reina. Duro y esferico, si, de curvas suaves y de una piel lampina y granulada, de visos azules, por la que resbalaba la mirada como sobre el mar. La felicite y felicite tambien a mi guardia y ministro por ser propietario de tan dulce delicia. Para cumplir la parte que me correspondia de la oferta, debimos actuar con el mayor sigilo. Aquel episodio con Atlas, el esclavo, fue profundamente chocante para mi mujer, ya lo he dicho; se presto a ello porque Lucrecia complace todos mis caprichos. Pero la vi avergonzarse de tal modo mientras Atlas y ella representaban infructuosamente la fantasia que trame, que me jure a mi mismo no volver a someterla a prueba semejante. Aun ahora, corrido tanto tiempo desde aquella ocurrencia, cuando del pobre Atlas no deben quedar sino los huesos pulidos en el hediondo barranco lleno de buitres y halcones donde sus restos fueron arrojados, la reina se despierta a veces en la noche, sobresaltada de zozobra en mis brazos, pues en el sueno la sombra del etiope ha vuelto a enardecerse encima de ella. De modo que esta vez hice las cosas sin que mi amada lo supiera. Por lo menos esa fue mi intencion, aunque, recapacitando, hurgando en los resquicios de mi memoria lo sucedido aquella noche, a veces dudo. Hice entrar a Giges por la puertecilla del jardin y lo introduje en el aposento mientras las doncellas desnudaban a Lucrecia y la perfumaban y la untaban con las esencias que a mi me gusta oler y saborear sobre su cuerpo. Indique a mi ministro que se ocultase detras del cortinaje del balcon y que procurara no moverse ni hacer el menor ruido. Desde esa esquina, tenia una vision perfecta del hermosisimo lecho de columnas labradas, con escalinatas y cortinas de raso rojo, recargado de almohadillas, sedas y preciosos bordados, donde la reina y yo libramos cada noche nuestros encuentros amorosos. Y apague todos los mecheros de manera que la

habitacion quedo apenas iluminada por las lenguas crujientes del hogar. Lucrecia entro poco despues, flotando en una vaporosa tunica semitransparente, de seda blanca, con filigrana de encaje en los punos, el cuello y el ruedo. Llevaba un collar de perlas, una cofia y envolvian sus pies unas chinelas de madera y fieltro, de

tacon alto. La tuve asi un buen rato, gustandola con los ojos y regalandole a mi buen ministro ese espectaculo para dioses. Y mientras la contemplaba y pensaba en que Giges lo hacia tambien, esa maliciosa complicidad que nos unia subitamente me inflamo de deseo. Sin decir palabra avance sobre ella, la hice rodar sobre el lecho y la monte. Mientras la acariciaba, la cara barbada de Giges se me aparecia y la idea de que el nos estaba viendo me enfebrecia mas, espolvoreando mi placer con un condimento agridulce y picante hasta entonces ignorado por mi. .Y ella? .Adivinaba algo? .Sabia algo? Porque creo que nunca la senti tan briosa como esa vez, nunca tan avida en la iniciativa y en la replica, tan temeraria en el mordisco, el beso y el abrazo. Acaso presentia que, aquella noche, quienes gozabamos en esa habitacion enrojecida por la candela y el deseo no eramos dos sino tres. Cuando, al amanecer, Lucrecia ya dormida, me deslice en puntas de pie fuera del lecho, para guiar a mi guardia y ministro hasta la salida del jardin, lo encuentre temblando de frio y de pasmo. –Usted tenia razon, Majestad –balbuceo, extasiado y tremulo–. Lo he visto y es tan extraordinario que no puedo creerlo. Lo he visto y aun me parece que solo lo sone. –Olvidate de todo ello cuanto antes y para siempre, Giges –le ordene–. Te he concedido este privilegio en un arrebatado extrano, sin haberlo meditado, por el aprecio que te tengo. Pero, cuidado con tu lengua. No me gustaria que esta historia se volviera habladuria de taberna y chisme de mercado. Podria arrepentirme de haberte traído aqui. Me juro que nunca diria una palabra. Pero lo ha hecho. .Como, si no, correrian tantas voces sobre el suceso? Las versiones se contradicen, cada cual mas disparatada y mas falsa. Llegan hasta nosotros y, aunque al principio nos irritaban, ahora nos divierten. Es algo que ha pasado a formar parte de este pequeno reino meridional de aquel pais que siglos mas tarde llamaran Turquía. Igual que sus montanas resacas y sus subditos rusticos, igual que sus tribus itinerantes, sus halcones y sus osos. Despues de todo, no me desagrada la idea de que, una vez que haya corrido el tiempo, tragandose todo lo que ahora existe y me rodea, para las generaciones del futuro solo perdure, sobre las aguas del naufragio de la historia de Lidia, redonda y solar, munificente como la primavera, la grupa de Lucrecia la reina, mi mujer.

Las orejas del miercoles

«Son como las caracolas que llevan atrapada, en su laberinto de nacar, la musica del mar», fantaseo don Rigoberto. Sus orejas eran grandes y bien

dibujadas; ambas, aunque principalmente la izquierda, propendian a alejarse de su cabeza por lo alto y a curvarse sobre si mismas, resueltas a acaparar para ellas solas todos los ruidos del mundo. Aunque de niño se avergonzaba de su tamaño y de su forma gacha, había aprendido a aceptarlas. Y ahora que dedicaba una noche semanal a su solo cuidado hasta se sentía orgulloso de ellas. Porque, además, a fuerza de experimentar e insistir, consiguió que esos ingratiados apéndices participaran, con la alacridad de la boca o la eficacia del tacto, en sus noches de amor. También Lucrecia los quería y, en la intimidad, les prodigaba risueños halagos. En los acapites de los entreveros conyugales solía apodarlos: «Mis dumbitos».

«Flores abiertas, elitros sensibles, auditorios para la música y los diálogos», poetizó don Rigoberto. Examinaba cuidadosamente con la lupa los bordes cartilagosos de su oreja izquierda. Si, ya asomaban otra vez las cabecitas de los vellos extirpados el miércoles pasado. Eran tres, asimétricos, como los puntos donde se cortan los lados de un triángulo isósceles. Imagino el oscuro plumerillo en que se convertirían si el los dejara crecer, si renunciara a exterminarlos, y lo invadió una pasajera sensación de náusea. Rápidamente, con la destreza que da la asidua práctica, atrapó esas testas pilosas entre las muelas de la pinza y las arrancó, una tras otra. El tirón con cosquillas que acompaña la extirpación le produjo un delicioso escalofrío. Se le ocurrió entonces que doña Lucrecia, con sus blancos y parejos dientes, le escarmenaba, acucillada, los crespos vellitos del pubis. La ocurrencia le deparó media erección. La sofrenó en el acto, imaginando a una mujer peluda, con las orejas rebalsando de matas lacias y un bozo pronunciado en cuyas sombras temblarían gotas de sudor. Entonces recuerdo que un colega del ramo de los seguros había contado, aquella vez, al volver de unas vacaciones en el Caribe, que la reina indiscutible de un prostíbulo de Santo Domingo era una recia mulata que lucía, entre los senos, un inesperado penacho. Trató de imaginar a Lucrecia con un atributo semejante –.una sedosa crin!– entre sus eburneos pechos y sintió horror. «Estoy lleno de prejuicios en materia amorosa», se confesó. Pero, por el momento no tenía intención de renunciar a ninguno de ellos. Los pelos estaban bien, eran un poderoso aderezo sexual, a condición de hallarse en el sitio debido. En la cabeza y en el monte de Venus, bienvenidos e imprescindibles; en las axilas, tolerables alguna vez, por aquello de probarlo y averiguarlo todo (era una obsesión europea, parecía) pero en brazos y piernas decididamente no; .y entre los pechos, jamás! Procedió al escrutinio de su oreja izquierda, ayudándose con los espejos convexos que usaba para afeitarse. No, en ninguno de los ángulos, protuberancias y curvas del pabellón habían brotado nuevos pelillos, fuera de esos tres mosqueteros cuya presencia detectó un buen día, sorprendido, hacía ya de esto algunos años. «Esta noche no hare sino oír el amor», decidió. Era posible, él lo había conseguido otras veces y a Lucrecia también la divertía, al menos como prolegomeno. «Dejame oír tus pechos», musitaria, y, acomodando amorosamente, uno primero, otro después, los pezones de su esposa en la hipersensible gruta de sus oídos –

calzaban el uno en la otra como un pie en un mocasin-, los escucharia con los ojos cerrados, reverente y extatico, reconcentrado como en la elevacion de la hostia, hasta oir que a la aspereza terrosa de cada boton ascendian, de subterranas profundidades carnales, ciertas cadencias sofocadas, tal vez el resuello de sus poros abriendose, tal vez el hervor de su sangre convulsionada por la excitacion. Estaba depilando las excrescencias capilares de su oreja derecha. Identifico de pronto a un forastero: el solitario pelillo se balanceaba, ignominioso, en el centro de la torneada perilla del lobulo. Lo extirpo de un ligero tiron y, antes de echarlo al lavador para que el agua del cano lo hiciera correr por el desagüe, lo examino con desagrado. .Seguirian apareciendo nuevos vellos, en los anos venideros, en sus grandes orejas? En todo caso el no abdicaria nunca; hasta en su lecho de muerte, si le restaban fuerzas, seguiria destruyendolos (.podandolos, mas bien?). Sin embargo, luego, cuando su cuerpo yaciera sin vida, los intrusos podrian brotar a sus anchas, crecer, afear su cadaver. Aconteceria lo mismo con sus unas. Don Rigoberto se dijo que esta deprimente perspectiva era un irrefutable argumento en favor de la incineracion. Si, el fuego impediria la imperfeccion postuma. Las llamas lo desaparecerian aun perfecto, frustrando a los gusanos. Ese pensamiento lo alivio. Mientras enrollaba unas bolitas de algodón en la punta de la horquilla y las humedecia en agua y jabon para limpiarse la cera acumulada en el interior del oido, anticipo lo que esos limpios embudos escucharian dentro de poco, descendiendo de los pechos al ombligo de su esposa. Alli no tendrian que esforzarse para sorprender la secreta musica de Lucrecia, pues una verdadera sinfonia de sonidos liquidos y solidos, prolongados y breves, difusos y nitidos, acudiria a revelar su vida soterrada. Anticipo con gratitud cuanto lo emocionaria percibir, a traves de esos organos que ahora escarbaba con afecto prolijo, desembarazandolos de la pelicula grasosa que se formaba en ellos cada cierto tiempo, algo de la existencia secreta de su cuerpo: glandulas, musculos, vasos sanguineos, folículos, membranas, tejidos, filamentos, tubos, trompas, toda esa rica y sutil orografia biologica que yacia bajo la tersa epidermis del vientre de Lucrecia. «Amo todo lo que existe dentro o fuera de ella», penso. «Porque todo en ella es o puede ser erogeno». No exageraba, llevado por la ternura que hacia brotar siempre en el la irrupcion de ella en sus fantasias. No, en absoluto. Pues gracias a su perseverante obstinacion, habia conseguido enamorarse del todo y de cada una de las partes de su mujer, amar por separado y en conjunto todos los componentes de ese universo celular. Se sabia capaz de responder eroticamente, con una pronta y robusta ereccion, al estimulo de cualquiera de sus infinitos ingredientes, incluido el mas infimo, incluido -para el hominido comun- el mas inconcebible y repelente. «Aqui yace don Rigoberto, que llego a amar el epigastro tanto como la vulva o la lengua de su esposa», filosofo que seria un justo epitafio para el marmol de su tumba. .Mentiria aquella divisa funeraria? En lo mas minimo. Penso en como se iria encandilando, dentro de breve, con los apagados desplazamientos acuosos que sorprenderian sus orejas, cuando se aplastaran avariciosas sobre su blando estomago, y, ahora, ya estaba oyendo los graciosos borborignos de aquel flato, el alegre pedillo restallante, la gargara y bostezo vaginal o el languido

desperezarse de su intestina sierpe. Y ya se oía susurrando, ciego de amor y de lujuria, las frases con que solía homenajear a su esposa mientras la acariciaba. «También esos ruiditos eres tú, Lucrecia; ellos son tu concierto, tu persona sonora». Estaba seguro de que podría reconocerlos de inmediato, distinguirlos de los sonidos producidos por los vientres de cualquier otra mujer.

Era una hipótesis que no tendría ocasión de verificar, pues nunca intentaría la experiencia de oír el amor con alguna otra. ¿Para que lo haría? ¿No era Lucrecia un océano sin fondo que él, buzo amante, jamás terminaba de explorar? «Te amo», murmuró, sintiendo nuevamente el amanecer de una erección. La conjuro de un capirotazo que, además de doblarlo en dos, le provocó un ataque de risa. «¿Quién se ríe a solas, de sus maldades se acuerda!», oyo que lo sermoneaba, desde el dormitorio, su mujer. Ah, si Lucrecia supiera de que se reía. Oír la voz de ella, confirmar su vecindad y su existencia, lo colmó de dicha. «La felicidad existe», se repitió, como todas las noches. Sí, pero a condición de buscarla donde ella era posible. En el cuerpo propio y en el de la amada, por ejemplo; a solas y en el baño; por horas o minutos y sobre una cama compartida con el ser tan deseado. Porque la felicidad era temporal, individual, excepcionalmente dual, rarísima vez tripartita y nunca colectiva, municipal. Ella estaba escondida, perla en su concha marina, en ciertos ritos o quehaceres ceremoniosos que ofrecían al humano rafagas y espejismos de perfección. Había que contentarse con esas migajas para no vivir ansioso y desesperado, manoteando lo imposible. «La felicidad se esconde en el hueco de mis orejas», pensó, de buen talante. Había terminado de limpiarse los conductos de ambos oídos y allí tenía, bajo sus ojos, las bolitas de algodón húmedo, impregnadas con el humor amarillo grasoso que acababa de quitarles. Faltaba todavía que se las secara, a *fin* de que aquellas gotas de agua no fueran a cristalizar en ellas alguna mugre antes de evaporarse. Una vez más enrolló dos bolitas de algodón a la horquilla y se restregó los conductos tan suavemente que parecía estar haciéndoles un masaje o acariciándolos. Echo luego las bolitas al excusado y tiro de la cadena. Limpio la horquilla y la guardo en la cajita de aloe de su mujer. Se miró los oídos en el espejo para una última inspección. Se sintió satisfecho y animoso. Ahí estaban esos conos cartilagosos, limpios por fuera y por dentro, prestos para inclinarse a escuchar con respeto e incontinencia el cuerpo de la amada.

Ojos como luciernagas

«Cumplir cuarenta años no es, pues, tan terrible», pensó doña Lucrecia, desperezándose en el cuarto a oscuras. Se sentía joven, bella y feliz. ¿La felicidad existía, entonces? Rigoberto decía que sí, «por momentos y para nosotros dos». ¿No era una palabra hueca, un estado que solo alcanzaban los tontos? Su marido la quería, se lo demostraba a diario en mil detalles delicados y casi todas las noches solicitaba sus favores con ardor juvenil. También él parecía rejuvenecido desde que, cuatro meses atrás, decidieron casarse. Los

temores que tanto tiempo la inhibieron de hacerlo –su primer matrimonio habia sido desastroso y el divorcio una pesadillesca agonía de tinterillos avidos– se habian esfumado. Desde el primer momento tomo posesion de su nuevo hogar con mano segura. Lo primero que hizo fue cambiar la decoracion de todas las habitaciones para que nada recordara a la difunta esposa de Rigoberto, y ahora gobernaba esta casa con soltura, como si hubiera sido aqui el ama desde siempre. Solo la cocinera anterior le mostro cierta hostilidad y debio reemplazarla. Los demas criados se llevaban muy bien con ella. Justiniana sobre todo, quien, promovida por dona Lucrecia a la categoria de doncella, resulto un hallazgo: eficiente, despierta, limpisima y de una devocion a toda prueba. Pero el exito mayor era su relacion con el niño. Habia sido su mayor desvelo, antes, algo que creyo un obstaculo insalvable. «Un entenado, Lucrecia», pensaba, cuando Rigoberto insistia en que debian acabar con sus amores semiclandestinos y casarse de una vez. «No funcionara nunca. Ese niño te odiara siempre, te hara la vida imposible y tarde o temprano terminaras tambien odiandolo. ¿Cuando ha sido feliz una pareja donde hay hijos ajenos?» Nada de eso habia ocurrido. Alfonsito la adoraba. Si, ese era el verbo justo. Tal vez demasiado, incluso. Bajo las tibias sabanas, dona Lucrecia se desperezó de nuevo, estirandose y encogiendose como una remolona serpiente. ¿No se habia sacado ese primer puesto para ella? Recuerdo su carita arrebolada, el triunfo de sus ojos color cielo cuando le alcanzo la libreta de notas: –Aquí esta tu regalo de cumpleaños, madrastra. ¿Puedo darte un beso? –Claro que si, Fonchito. Me puedes dar diez. Le pedia y le daba besos todo el tiempo, con una exaltacion que, a ratos, la hacia recelar. ¿De veras que el niño la queria tanto? Si, se lo habia ganado con todos esos regalos y mimos desde que puso los pies en esta casa. ¿O, como fantaseaba Rigoberto atizandose el deseo en sus afanes nocturnos, Alfonsito estaba despertando a la vida sexual y las circunstancias le habian confiado a ella el papel de inspiradora? «Que disparate, Rigoberto. Si es todavia tan pequenito, si acaba de hacer su primera comunión. Que absurdos se te ocurren». Pero, aunque nunca admitiria en voz alta semejante cosa y menos delante de su marido, cuando se hallaba a solas, como ahora, dona Lucrecia se preguntaba si el niño no estaba efectivamente descubriendo el deseo, la poesia naciente del cuerpo, valiendose de ella como estimulo. La actitud de Alfonsito la intrigaba, parecia a la vez tan inocente y tan equivocada. Recuerdo entonces –era un episodio de su adolescencia que nunca olvido– aquel dibujo casual que aquella vez vio trazar a las graciles patitas de una gaviota en la arena del club Regatas; ella se acerco a mirarlo, esperando encontrarse con una forma abstracta, un laberinto de rectas y curvas, y lo que vio le hizo mas bien el efecto de un jiboso falo! ¿Era consciente Foncho de que, al echarle los brazos al cuello como lo hacia, al besarla de esa manera demorada, buscandole los labios, infringia los limites de lo tolerable? Imposible saberlo. El niño tenia una mirada tan franca, tan dulce, que a dona Lucrecia le parecia imposible que la cabecita rubicunda de aquel primor que posaba de pastorcillo en los Nacimientos del Colegio Santa Maria pudiera albergar pensamientos sucios, escabrosos. «Pensamientos sucios», susurro, la boca contra la almohada, «escabrosos. ¿Jajaja! » Se sentia de buen humor y un calorcito delicioso corra

por sus venas, como si su sangre se hubiera transubstanciado en vino tibio. No, Fonchito no podía sospechar que aquello era jugar con fuego, esas efusiones se las dictaba sin duda un oscuro instinto, un tropismo inconsciente. Pero, aun así, no dejaban de ser juegos peligrosos .verdad, Lucrecia? Porque cuando lo veía, pequenín, arrodillado en el suelo, contemplándola como si su madrastra acabara de bajar del Paraíso, o cuando sus bracitos y su cuerpo frágil se soldaban a ella y sus labios casi invisibles de delgados se adherían a sus mejillas y rozaban los suyos –ella nunca había permitido que permanecieran allí más de un segundo–, dona Lucrecia no podía impedir que la sobresaltara a veces un ramalazo de excitación, una vaharada de deseo. «Tu eres la de los pensamientos sucios y escabrosos, Lucrecia», murmuro, apretándose contra el colchón, sin abrir los ojos. .Se volvería un día una vieja fragorosa, como algunas de sus compañeras de *bridge*? .Sería esto el demonio del mediodía? Calmate, acuerdate que te has quedado viuda por dos días –Rigoberto, en viaje de negocios, por asuntos de seguros, no volvería hasta el domingo– y, además, basta ya de flojear en la cama. .A levantarse, ociosa! Haciendo un esfuerzo por sacudirse la agradable modorra, cogió el intercomunicador y ordeno a Justiniana que le subiera el desayuno. La muchacha entro cinco minutos después, con la bandeja, la correspondencia y los periódicos. Abrió las cortinas y la luz húmeda, tristonera y grisácea del Septiembre limeño invadió la habitación. «Que feo es el invierno», penso dona Lucrecia. Y sono con el sol del verano, las playas de arenas ardientes de Paracas y la caricia salada del mar sobre su piel. .Faltaba tanto todavía! Justiniana le puso la bandeja sobre las rodillas y le acomodó los almohadones para que le sirvieran de espalda. Era una morena esbelta, de cabellos crespos, *ojos* vivarachos y voz musical. –Hay algo que no se si decírselo, señora –murmuro, con un mohín tragicómico, mientras le alcanzaba la bata y ponía las zapatillas de levantarse a los pies de la cama. –Ahora tienes que decírmelo, porque ya me abriste el apetito –repuso dona Lucrecia, mientras mordía una tostada y tomaba un sorbo de te puro–. .Que ha pasado? –Me da vergüenza, señora. Dona Lucrecia la observo, divertida. Era joven y, bajo el mandil azul del uniforme, las formas de su cuerpecillo se insinuaban frescas y elásticas. .Que cara pondría cuando su marido le hacía el amor? Estaba casada con el portero de un restaurante, un negro alto y fornido como un atleta que venía a dejarla todas las mañanas. Dona Lucrecia le había aconsejado que no se complicara la vida con hijos siendo tan joven y la había llevado personalmente a su médico para que le recetara la pildora. –.Otra pelea entre la cocinera y Saturnino? –Es algo del niño Alfonso, mas bien –Justiniana bajo la voz como si el chiquillo pudiera oírla desde su lejano colegio y fingió confundirse mas de lo que estaba–. Es que anoche lo pesque... Pero, no se lo vaya usted a decir, señora. Si Fonchito sabe que se lo he contado, me mata. A dona Lucrecia la entretenían esos dengues y aspavientos con que Justiniana alhajaba siempre lo que decía.

–.Donde lo pescaste? .Haciendo que cosa?

–Espilandola, senora.

Un instinto advirtio a dona Lucrecia lo que iba a oir y se puso en guardia.

Justiniana

senalaba el techo del cuarto de bano y ahora si parecia confundida de verdad.

–Hubiera podido caerse al jardin y hasta matarse –susurro, moviendo los *ojos*

en las orbitas–. Por eso se lo cuento, senora.. Cuando lo reni, me dijo que no era la

primera vez. Se ha subido al techo muchas veces. A espiarla.

–.Que dices?

–Lo que has oido –contesto el nino, desafiante, casi heroico–. Y lo seguire haciendo

aunque me resbale y me mate, para que lo sepas.

–Pero, te has vuelto loco, Fonchito. Eso esta muy mal, eso no se hace, pues.

Que

diria don Rigoberto si supiera que espias a tu madrastra cuando se bana. Se enojaria, te daria una paliza. Y, ademas, puedes matarte, fijate que alto esta.

–No me importa –respondio el nino, con una resolucion relampagueante en los ojos.

Pero instantaneamente se apaciguo y, encogiendose de hombros, anadio muy hu-

milde–. Aunque mi papa me pegue, Justita. .Me vas a acusar, entonces?

–No le dire nada si me prometes no subir aqui nunca mas.

–Eso no te lo puedo prometer, Justita –exclamo el nino, apenado–. Yo no prometo

lo que no voy a cumplir.

–.No estas inventando todo eso con la imaginacion tropical que tienes? – balbuceo

dona Lucrecia. .Debia reirse, enojarse?

–Dude mucho antes de animarme a contarselo, senora. Porque a Fonchito, que es

tan bueno, yo lo quiero tanto. Pero es que subiendose a ese techo se puede matar,

se lo juro.

Dona Lucrecia trataba en vano de imaginarselo alla arriba, agazapado como una

fierecilla, acechandola.

–Pero, pero, no me lo acabo de creer. Tan formalito, tan educado. No lo veo ha-

ciendo una cosa asi.

–Es que Fonchito se ha enamorado de usted, senora –suspiro la muchacha, tapan-

dose la boca y sonriendo–. No me diga que no se dio cuenta, porque no me lo creo.

–Que adefesios dices, Justiniana.

–.Acaso para el amor hay edades, señora? Algunos comienzan a enamorarse a la

edad de Fonchito. Y el que es tan vivo para todo, además. Si usted hubiera oído lo

que me dijo, se quedaba con la boca abierta. Como me quede yo, pues.

–.Que estas inventando ahora, zonzita?

–Lo que oyes, Justita. Cuando se quita la bata y se mete en la tina llena de espuma, no te puedo decir lo que siento. Es tan, tan linda... Se me salen las lagrimas, igualito que cuando comulgo. Me parece estar viendo una película, te digo. Me parece algo que no te lo puedo explicar. Será por eso que lloro .no?

Dona Lucrecia optó por echarse a reír. La mucama tomó confianza y sonrió tam-

bien, con cara complice.

–Solo te creo la décima parte de lo que me cuentas –dijo, por fin, levantándose–.

Pero, aun así, algo hay que hacer con este niño. Cortar esos juegos por lo sano y

cuanto antes.

–No se lo vaya a decir al señor –le rogo Justiniana, asustada–. Se enojaría mucho y

tal vez le pegaría. Fonchito ni siquiera se da cuenta que hace mal. Palabra que no

se da. El es como un angelito, no diferencia lo bueno de lo malo.

–No se lo puedo contar a Rigoberto, claro que no –asintió dona Lucrecia, reflexionando en voz alta–. Pero hay que poner punto final a esta tontería. No se como,

pero de inmediato.

Se sentía aprensiva e incomoda, irritada contra el niño, contra la mucama y contra

si misma. .Que debía hacer? .Hablar con Fonchito y reprenderlo? .Amenazarlo con

decírselo todo a Rigoberto? .Cual sería su reacción? .Sentirse herido, traicionado?

.Mudaría violentamente en odio el amor que ahora le tenía?

Jabonándose, se acarició los pechos fuertes y grandes, de pezones erectos, y la cin-

tura todavía gracil de la que salían, como las dos mitades de una fruta, las amplias

curvas de las caderas, y los muslos, las nalgas y las axilas depiladas y el cuello alto

y morbido adornado con un solitario lunar. «No envejecere nunca», rezo, como cada mañana, al banarse. «Aunque tenga que vender mi alma o lo que sea. No sere

nunca fea ni desdichada. Morire bella y feliz. » Don Rigoberto la habia convencido de que, diciendolas, repitiendolas y creyendolas, estas cosas se volvan verdad. «Magia simpatetica, mi amor.» Lucrecia sonrio: su marido seria un tanto excentrico, pero, la verdad, una no se aburria con un hombre asi. Todo el resto del dia, mientras daba instrucciones al servicio, iba de compras, visitaba a una amiga, almorzaba, hacia y recibia llamadas, se preguntaba que hacer con el nino. Si lo delataba a Rigoberto, se convertiria en su enemigo y, entonces, la vieja premonicion del infierno domestico se haria realidad. Tal vez lo mas sensato era olvidar la revelacion de Justiniana y, adoptando una actitud distante, ir paulatinamente socavando esas fantasias que, sin duda solo a medias consciente de que lo eran, habia forjado el nino con ella. Si, eso era lo prudente: callar y, poco a poco, distanciarlo. Esa tarde, cuando Alfonsito, al volver del colegio, se acerco a besarla, le aparto al instante la mejilla y se enfrasco en la revista que hojeaba, sin preguntarle por sus clases ni si tenia tareas para manana. De soslayo, vio que su carita se compungia hasta el puchero. Pero no se conmovio y esa noche lo dejo comer solo, sin bajar a acompañarlo como otras veces (ella cenaba rara vez). Rigoberto la llamo un poco mas tarde, de Trujillo. Todas sus gestiones habian ido bien y la extranaba mucho. Esta noche la echaria de menos todavia mas, en su triste cuartito del Hotel de Turistas. .Ninguna novedad en la casa? No, ninguna. Cuidate mucho, mi amor. Dona Lucrecia escucho un poco de musica, sola en su habitacion, y cuando el nino vino a darle las buenas noches se las devolvio friamente. Poco despues, indico a Justiniana que le preparara el bano de espuma que tomaba siempre antes de acostarse. Mientras la muchacha hacia correr el agua de la banera y ella se desvestia, el mal-estar que la habia perseguido todo el dia comparecio de nuevo, acrecentado. .Habia hecho bien tratando a Fonchito de ese modo? A pesar de ella misma, le apenaba recordar su carita decepcionada y sorprendida. Pero .no era esa la

única

manera de acabar con una ninería que podía tornarse peligrosa?

Estaba semiadormecida en la banera, con el agua hasta el cuello, removiendo de

tanto en tanto con una mano o con un pie las volutas de jabón, cuando

Justiniana

llamó a la puerta: .podía entrar, señora? La vio acercarse, con la toalla en una

mano y su bata en la otra. Tenía una expresión muy alarmada.

Inmediatamente supo lo que la muchacha le iba a susurrar: «Fonchito está ahí arriba, señora». Asintió y con gesto imperioso ordenó a Justiniana que se fuera.

Permaneció inmóvil en el agua largo rato, evitando mirar al techo. .Debería

hacerlo? .Apuntarlo con el dedo? .Gritar, insultarlo? Anticipo el estruendo

detrás de la oscura cúpula de vidrio que tenía sobre la cabeza; imagino la

figurita acucillada, su susto, su vergüenza. Oí su grito destemplado, lo ví

echándose a correr. Resbalaría, rodaría hasta el jardín con un ruido de bolido.

Hasta ella llegaría el seco golpe del cuerpucillo al estrellarse en la balaustrada,

al aplastar el seto de crotos, al enredarse en las brujeriles ramas del

floripondio. «Haz un esfuerzo y contente», se dijo, apretando los dientes.

«Evita un escándalo. Evita, sobre todo, algo que podría terminar en tragedia».

La cólera la hacía temblar de pies a cabeza y sus dientes chocaban, como si

tuviera mucho frío. Subitamente se incorporó. Sin cubrirse con la toalla, sin

encogerse para que aquellos ojitos invisibles tuvieran solo una visión

incompleta y fugaz de su cuerpo. No, al revés. Se incorporó empujándose,

abriéndose, y, antes de salir de la banera, se desperezó, mostrándose con

largueza y obscenidad, mientras se sacaba el gorro de plástico y se sacudía los

cabellos. Y, al salir de la banera, en vez de ponerse de inmediato la bata,

permaneció desnuda, el cuerpo brillando con gotitas de agua, tirante, audaz,

colérico. Se secó muy despacio, miembro por miembro, pasando y repasando

la toalla por su piel una y otra vez, ladeándose, inclinándose, deteniéndose a

ratos como distraída por una idea repentina en una postura de indecente

abandono o contemplándose minuciosamente en el espejo. Y con la mis-ma

prolijidad maniática frotó luego su cuerpo con cremas humectantes. Y,

mientras se lucía de este modo ante el invisible observador, su corazón vibraba

de ira. .¿Qué haces, Lucrecia? .¿Qué disfuerzos eran estos, Lucrecia? Pero

continuó exhibiéndose como no lo había hecho antes para nadie, ni para don

Rigoberto, paseándose de un lado a otro del, cuarto de baño, desnuda,

mientras se escobillaba los cabellos, se lavaba los dientes y se echaba colonia

con el vaporizador. Mientras protagonizaba ese improvisado espectáculo, tenía

el palpito de que aquello que hacía era también una sutil manera de

escarmentar al precoz libertino agazapado en la noche de allá arriba, con

imágenes de una intimidad que harían trizas de una vez por todas esa

inocencia que le servía de coartada para sus audacias. Cuando se metió a la

cama, todavía temblaba. Estuvo mucho rato sin dormir, anorando a Rigoberto.

Se sentía disgustada con lo que había hecho, detestaba al niño con todas sus

fuerzas y se empeñaba en no adivinar lo que significaban aquellas embestidas

de calor que, de tanto en tanto, le electrizaban los pezones. .Que te ha pasado, mujer? No se reconocia. .Serian los cuarenta anos? .O un efecto de esas fantasias y extravagancias nocturnas de su marido? No, la culpa era toda de Alfonsito. «Ese nino me esta corrompiendo», penso, desconcertada. Cuando, por fin, pudo dormirse, tuvo un sueno voluptuoso que parecia animar uno de esos grabados de la secreta coleccion de don Rigoberto que el y ella solian contemplar y comentar juntos en las noches buscando inspiracion para su amor.

Diana despues de su bano

Esa, la de la izquierda, soy yo, Diana Lucrecia. Si, yo, la diosa del roble y de los bosques, de la fertilidad y de los partos, la diosa de la caza. Los griegos me llaman Artemisa. Estoy emparentada con la Luna y Apolo es mi hermano. Entre mis adoradores abundan las mujeres y los plebeyos.

Hay templos en mi honor desparramados por todas las selvas del Imperio. A mi derecha, inclinada, mirandome el pie, esta Justiniana, tiniana, mi favorita. Acabamos de banarnos y vamos a hacer el amor. La liebre, las perdices y faisanes los cace este amanecer, con las flechas que, retiradas de las presas y limpiadas por Justiniana, han vuelto a su aljaba. Los sabuesos son decorativos; rara vez me sirvo de ellos cuando salgo de caceria. Nunca, en todo caso, para cobrar piezas delicadas como las de hoy porque sus fauces las majan hasta volverlas incomestibles. Esta noche nos comeremos estos animales de carne tierna y sabrosa, sazonados con especias exoticas y bebiendo el vino de Capua hasta caer rendidas. Yo se gozar. Es una aptitud que he ido perfeccionando sin descanso, a lo largo del tiempo y de la historia, y afirmo sin arrogancia que he alcanzado en este dominio la sabiduria. Quiero decir: el arte de libar el nectar del placer de todos los frutos –aun los podridos– de la vida. El personaje principal no esta en el cuadro. Mejor dicho, no se le ve. Anda por alli detras, oculto en la arboleda, espiandonos. Con sus bellos ojos color de amanecer meridional muy abiertos y la redonda faz acalorada por el ansia, alli estara, acuclillado y en trance, adorandome. Con sus bucles rubios enredados en la enramada y su pequeno miembro de tez palida enhiesto como un pendon, sorbiendonos y devorandonos con su fantasia de infante puro, alli estara. Saberlo nos regocija y anade malicia a nuestros juegos. No es dios ni animalillo, sino de especie humana. Cuida cabras y toca el pifano. Lo llaman Foncin. Justiniana lo descubrio, en los idus de agosto, cuando yo seguia la huella de un ciervo por el bosque. El pastorcillo me iba siguiendo, embobado, tropezandose, sin apartar los ojos de mi ni un instante. Mi favorita dice que cuando me vio, empinada. –un rayo de sol encendiendo mis cabellos y enfureciendo mis pupilas, todos los musculos de mi cuerpo tirantes para disparar la flecha– el chiquillo rompio a llorar. Ella se acerco a consolarlo y entonces advirtio que el nino lloraba de felicidad. «No se que me pasa», le confeso, sus mejillas arrasadas por las lagrimas, «pero cada vez que la senora

aparece en el bosque las hojas de los arboles se vuelven luceros y todas las flores se ponen a cantar. Un espiritu ardiente se mete dentro de mi y caldea mi sangre. La veo y es como si, quieto en el suelo, me volviera pajarito y echara a volar». «La forma de tu cuerpo ha inspirado, precozmente, a sus pocos años el lenguaje del amor», filosofa Justiniana, despues de referirme el episodio. «Tu belleza lo embelesa, como el cascabel al colibri. Compadecete de el, Diana Lucrecia. .Por que no jugamos con el niño pastor? Divirtiendolo, tambien nos divertiremos nosotras». Asi ha sido. Gozadora innata, igual que yo y, acaso, mas que yo, Justiniana nunca se equivoca en asuntos que conciernen al placer. Es lo que mas me gusta de ella, mas aun que sus caderas frondosas o el sedoso vello de su pubis de cosquilleo tan grato al paladar: su fantasia rapida y su instinto certero para reconocer, entre los tumultos de este mundo, las fuentes del entretenimiento y el placer. Desde entonces jugamos con el y, aunque ha pasado bastante tiempo, el juego es tan ameno que no nos aburre. Cada dia nos distrae mas que el anterior, anadiendo novedad y buen humor a la existencia. A sus encantos fisicos, de diosillo viril, Foncin suma tambien el espiritual de la timidez. Los dos o tres intentos que he hecho de acercarme a el para hablarle han sido vanos. Palidece y, cervatillo arisco, echa a correr hasta desdibujarse en el ramaje como por arte de nigromancia. A Justiniana le ha murmurado que la sola idea, ya no de tocarme, sino de estar cerca de mi, de que lo mire a los ojos y le hable, lo aturde y aniquila. «Una señora asi es intocable», le ha dicho. «Se que si me acerco a ella, su belleza me quemara como a la mariposa el sol de Libia». Por eso jugamos nuestros juegos a escondidas. Cada vez uno distinto, simulacro que se parece a aquellos numeros de teatro en que los dioses y los hombres se mezclan para sufrir y entremetarse que gustan tanto a los griegos, esos sentimentales. Justiniana, fingiendo ser su complice y no la mia –en verdad, la astuta lo es de ambos y sobre todo de si misma–, instala al pastorcillo en un roquedal, junto a la gruta donde pasare la noche. Y entonces, a la luz de la fogata de lenguas rojizas, me desnuda y unta mi cuerpo con la miel de las dulces abejas de Sicilia. Es una receta lacedemonia para conservar el cuerpo terso y lustroso y que, ademas, excita. Mientras ella se agazapa sobre mi, frota mis miembros, los mueve y los expone a la curiosidad de mi casto admirador, yo entrecierro los ojos. A la vez que desciendo por el tunel de la sensacion y vibro en pequenos espasmos deleitosos, adivino a Foncin. Mas: lo veo, lo huelo, lo acarino, lo aprieto y lo desaparezco dentro de mi, sin necesidad de tocarlo. Aumenta mi extasis saber que mientras gozo bajo las diligentes manos de mi favorita, el goza tambien, a mi compas, conmigo. Su cuerpecito inocente, brillantado de sudor mientras me mira y se solaza mirandome, pone una nota de ternura que matiza y endulza mi placer. Asi, escondido de mi por Justiniana entre las frondas del bosque, el pequeño pastor me ha visto dormir y despertarme, lanzar la jabalina y el dardo, vestirme y desvestirme. Me ha visto acuclillarme sobre dos piedras y orinar mi orina rubia en un arroyuelo transparente en el que, aguas abajo, el se precipitara luego a beber. Me ha visto decapitar gansos y desventrar palomas para ofrecer su sangre a los dioses y averiguar en sus visceras las incognitas del porvenir. Me ha visto acariciarme y saciarme yo misma y

acariciar y saciar a mi favorita, y nos ha visto a Justiniana y a mi, sumergidas en la corriente, bebiendo el agua cristalina de la cascada cada una en la boca de la otra, saboreando nuestras salivas, nuestros jugos y nuestro sudor. No hay ejercicio o función, desenfreno y ritual del cuerpo o del alma que no hayamos representado para él, privilegiado propietario de nuestra intimidad desde sus escondrijos itinerantes. Él es nuestro bufón; pero también es nuestro dueño. Nos sirve y lo servimos. Sin habernos tocado ni cruzado palabra, nos hemos hecho gozar innumerables veces y no es injusto decir que, pese al insalvable abismo que nuestras distintas naturalezas y edades abren entre él y yo, estamos más unidos que la más apasionada pareja de amantes. Ahora, en este mismo instante, Justiniana y yo vamos a actuar para él y Foncin, simplemente permaneciendo allí, detrás, entre el muro de piedra y la arboleda, actuara también para nosotras.

En breve, esta eterna inmovilidad se animara y será tiempo, historia. Ladrarán los sabuesos, trinará el bosque, el agua del río discurrirá cantando entre la grava y los juncos y las coposas nubes viajarán hacia el Oriente, impulsadas por el mismo vientecillo juguetón que removerá los rizos alegres de mi favorita. Ella se moverá, se inclinara y su boquita de labios bermejos besará mi pie y chupará cada uno de mis dedos como se chupa la lima y el limón en las calenturientas tardes del estío. Pronto estaremos entreveradas, retozando en la seda sibilante de la manta azul, absortas en la embriaguez de la que brota la vida. A nuestro alrededor, los sabuesos merodearán echándonos el vaho de sus fauces ansiosas y acaso nos lamerán, excitados. El bosque nos oirá suspirar, desmayándonos, y, de repente, gritar heridas de muerte. Un instante después nos escuchará reír y chacotear. Y nos verá irnos adormeciendo en un sueño apacible todavía sin desenredarnos. Es muy posible entonces que, al vernos prisioneras del dios Hipnos, tomando infinitas precauciones para no recordarnos con el tenue rumor de sus pisadas, el testigo de nuestros disfuerzos abandone su refugio y venga a contemplarnos desde la orilla de la manta azul. Allí estará él y ahí nosotras, inmóviles otra vez, en otro instante eterno. Foncin, livida la frente y las mejillas sonrosadas, sus ojos abiertos con asombro y gratitud, un hilillo de saliva colgando de su boca tierna. Nosotras, mezcladas y perfectas, respirando a la par, con la expresión colmada de las que saben ser felices. Allí estaremos los tres, quietos, pacientes, esperando al artista del futuro que, azuzado por el deseo, nos aprisione en sueños y, llevándonos a la tela con su pincel, crea que nos inventa.

Las abluciones de don Rigoberto

Don Rigoberto entró al cuarto de baño, corrió el pestillo y suspiró. Instantáneamente se apoderó de él una sensación placentera y gratificante, de alivio y expectación: en esta solitaria media hora sería feliz. Lo era cada noche, algunas veces más, otras menos, pero el puntilloso ritual que había ido perfeccionando a lo largo de años, como un artista que pule y remacha su obra

maestra, nunca dejaba de operar el milagroso efecto: descansar, reconciliarlo con sus semejantes, rejuvenecerlo, animarlo. Cada vez salía del cuarto de baño con la sensación de que, a pesar de todo, la vida valía la pena de vivirse. Por eso, no había dejado de celebrarlo jamás, desde que –.hacia cuánto de esto?– tuvo la ocurrencia de ir transformando lo que para el común de los mortales era una rutina que ejecutaban con inconsciencia de máquinas –cepillarse los dientes, enjuagarse, etcétera– en un quehacer refinado que, aunque fuera por un tiempo fugaz, hacía de él un ser perfecto. De joven había sido militante entusiasta de Acción Católica y sonado con cambiar el mundo. Pronto comprendió que, como todos los ideales colectivos, aquel era un sueño imposible, condenado al fracaso. Su espíritu práctico lo indujo a no malgastar el tiempo librando batallas que tarde o temprano iba a perder. Entonces, conjeturó que el ideal de perfección acaso era posible para el individuo aislado, constreñido a una esfera limitada en el espacio (el aseo o santidad corporal, por ejemplo, o la práctica erótica) y en el tiempo (las abluciones y esparcimientos nocturnos de antes de dormir). Se quitó la bata, la colgó detrás de la puerta y, desnudo, solo con las zapatillas puestas, fue a sentarse en el excusado, al que separaba del resto del baño un biombo laqueado con unas figurillas danzantes de color celeste. Su estómago era un reloj suizo: disciplinado y puntual se vaciaba siempre a estas horas, totalmente y sin esfuerzo, como dichoso de desembarazarse de las polizas y remoras del día. Desde que, en la más secreta decisión de su vida –tanto que probablemente ni Lucrecia llegaría a conocerla a cabalidad– decidió, por un breve fragmento de cada jornada, ser perfecto, y elaboró esta ceremonia, no había vuelto a experimentar los asfixiantes estrenimientos ni las desmoralizadoras diarreas. Don Rigoberto entrecerró los ojos y pujo, débilmente. No hacía falta más: sintió al instante el cosquilleo bienhechor en el recto y la sensación de que, allí adentro, en las oquedades del bajo vientre, algo sumiso se disponía a partir y enrumbaba ya por aquella puerta de salida que, para facilitarle el paso, se ensanchaba. Por su parte, el ano había empezado a dilatarse, con antelación, preparándose a rematar la expulsión del expulsado, para luego cerrarse y enfurrunarse, con sus mil arruguitas, como burlándose: «Te fuiste, cachafaz, y nunca más volverás». Don Rigoberto sonrió, contento. «Cagar, defecar, excretar, .sinónimos de gozar?», pensó. Sí, por que no. A condición de hacerlo despacio y concentrado, degustando la tarea, sin el menor apresuramiento, demorándose, imprimiendo a los músculos del intestino un estremecimiento suave y sostenido. No había que ir empujando sino guiando, acompañando, escoltando graciosamente el desliz de los obolos hacia la puerta de salida. Don Rigoberto volvió a suspirar, los cinco sentidos absortos en lo que ocurría dentro de su cuerpo. Casi podía ver el espectáculo: aquellas expansiones y retracciones, esos jugos y masas en acción, todos ellos en la tibia tiniebla corporal y en un silencio que de cuando en cuando interrumpían asordadas gargaras o el alegre vientecillo de un cuesco. Oyo, por fin, el discreto chapaleo con que el primer obolo desinvitado de sus entrañas se sumergía – .flotaba, se hundía?– en el agua del fondo de la taza. Caerían tres o cuatro más. Ocho era su marca olímpica, resultado de algún almuerzo exagerado, con homicidas

mezclas de grasas, harinas, almidones y feculas rociadas de vinos y alcoholes. Habitualmente desalojaba cinco obolos; partido el quinto, luego de unos segundos de espera para dar a musculos, intestinos, ano, recto, el tiempo debido a fin de que recobraran sus posiciones ortodoxas, lo invadia ese intimo regocijo del deber cumplido y la meta alcanzada, la misma sensacion de limpieza espiritual que lo poseia de nino, en el colegio de La Recoleta, despues de confesar sus pecados y cumplir la penitencia que le imponia el padre confesor. «Pero limpiar el vientre es mucho menos incierto que limpiar el alma», penso. Su estomago estaba limpio ahora, no cabia duda. Entreabrio las piernas, agacho la cabeza y espio: esos volumenenes cilindricos y parduzcos, semiahogados en la taza de loza verde, lo probaban. .Que confesado podia, como el ahora, ver y (si lo deseaba) palpar las inmundicias pestilentes que el arrepentimiento, la confesion, la penitencia y la misericordia de Dios retiraban del alma? Cuando era creyente practicante – ahora solo era lo primero– nunca lo abandono la sospecha de que, pese a la confesion, no importa cuan prolija fuera, algo de suciedad quedaba colado a las paredes del alma, algunas manchitas rebeldes y tenaces que la penitencia no conseguia deshacer. Era, por lo demas, una sensacion que tenia a veces, aunque mas menguada y sin angustia, desde que leyo en una revista como purificaban sus intestinos los jovenes novicios de un monasterio budista en la India. La operacion constaba de tres ejercicios gimnasticos, una cuerda y un bacin para las deposiciones. Tenia la simplicidad y claridad de los objetos y los actos perfectos, como el circulo y el coito. El autor del texto, un profesor belga de yoga, habia practicado con ellos durante cuarenta dias para dominar la tecnica. La descripcion de los tres ejercicios mediante los cuales los novicios precipitaban la evacuacion no era, sin embargo, lo bastante clara como para figurarsela de manera integral e imitarla. El profesor de yoga aseguraba que mediante aquellas tres flexiones, torsiones y giros el estomago desleia todas las impurezas y sobrantes de la dieta (vegetariana) a que estaban sometidos los novicios. Cumplida esa primera etapa de purificacion de los vientres, los jovenes – con cierta melancolia, don Rigoberto imagino sus craneos rapados y sus austeros cuerpecillos cubiertos por una tunica color azafran o acaso nieve– procedian a asumir la postura adecuada: blandos, ladeados, las piernas ligeramente separadas y la planta de los pies bien asentada en el suelo para no moverse un solo milimetro mientras su cuerpo –ofidio que deglute lentamente el interminable gusanillo– absorbia, por contracciones peristalticas, aquella cuerda que, plegandose y desplegandose y avanzando calmosa e inexorablemente por el humedo laberinto intestinal, empujaria de manera irresistible todas aquellas sobras, remanentes, adherencias, minucias y excrecencias que los obolos emigrantes dejaban atras. «Se purifican como quien baquetea un fusil», penso, una vez mas lleno de envidia. Imagino la cabecita sucia del cordel retornando al mundo por el quevedesco ojillo del trasero, despues de haber recorrido y limpiado todas esas interioridades tortuosas y oscuras, y lo vio salir y caer en el bacin como una serpentina ajada. Alli quedaria, inservible, con las ultimas impurezas que desalojo su presencia, pronto para la pira. .Que bien debian sentirse aquellos jovenes! .Que ligeros!

.Que impolutos! Nunca podria imitarlos, en aquella experiencia por lo menos. Pero don Rigoberto estaba seguro de que, si ellos lo rezagaban en la tecnica de esterilizar los intestinos, en todo lo demas su ritual del aseo era infinitamente mas escrupuloso y tecnico que el de aquellos exoticos. Dio un pujo final, discreto e insonoro, por si tal vez. .Seria cierta aquella anecdota segun la cual el erudito bibliografo don Marcelino Menendez y Pelayo, que padecia de constipacion cronica, paso buena parte de su vida, en su casa de Santander, sentado en el excusado, pujando? A don Rigoberto le habian asegurado que en la casa-museo del celebre historiador, poeta y critico, el turista podia contemplar el escritorio portatil que aquel se mando construir para no interrumpir sus investigaciones y caligrafias mientras luchaba contra el avaro vientre empenado en no desprenderse de la mugre fecal depositada alli por los copiosos y recios yantares espanoles. A don Rigoberto lo emocionaba imaginarse al robusto intelectual, de frente tan despejada y creencias religiosas tan firmes, encogido en su inodoro particular, arropado tal vez con una gruesa manta a cuadros sobre las rodillas para resistir el helado fresco de la montana, pujando y pujando a lo largo de las horas, a la vez que, imperterrito, proseguia escarbando los viejos infolios y los polvorientos incunables de la historia de Espana en pos de heterodoxias, impiedades, cismas, blasfemias y extravagancias doctrinales que catalogar. Se limpio con cuatro cuadrillos doblados de papel higienico e hizo correr el agua. Fue a sentarse al bide, lo lleno con agua tibia y muy minuciosamente se jabono el ano, el falo, los testiculos, el pubis, la entrepierna y las nalgas. Luego se enjuago y se seco con una toalla limpia. Hoy era martes, dia de pies. Tenia la semana distribuida en organos y miembros: lunes, manos; miercoles, orejas; jueves, nariz; viernes, cabellos; sabado ojos y, domingo, piel. Era el elemento variable del nocturno ritual, lo que le conferia un aire cambiante y reformista. Concentrarse cada noche en una region de su cuerpo le permitia cumplir mas obsequiosamente con su aseo y preservacion; y, asimismo, conocerla y quererla mas. Dueno cada organo y sector por un dia de sus afanes, quedaba garantizada la perfecta equidad en el cuidado del conjunto: no habia favoritismos, postergaciones, nada de odiosas jerarquias en el trato y consideracion de la parte y del todo. Penso: «Mi cuerpo es aquel imposible: la sociedad igualitaria».

Lleno el lavador de agua tibia y, sentado en la tapa del excusado, remojo sus pies un buen rato para que sus talones, plantas, dedos, tobillos y empeines se deshincharan y ablandaran. No tenia juanetes ni pies planos, aunque, si, el empeine excesivamente levantado. Bah!, era una deformacion menor, imperceptible para quien no los sometiera a un examen clinico. En cuanto a tamano, proporcion, forma de dedos y unas, nomenclatura y orografia de los huesos, todo parecia pasablemente normal. El peligro eran las durezas y los callos que, de vez en cuando, intentaban afearlos. Pero el sabia cortar el mal de raiz, siempre a tiempo. Tenia la piedra pomez preparada. Comenzo por el izquierdo. Alli, en el borde del talon, donde el roce con el zapato era mayor ya habia comenzado a insinuarse una forma adventicia, callosa, que a la yema de los dedos hacia el efecto de una pared sin enlucir. Pasando y repasando sobre

ella la piedra pomez la fue reduciendo hasta desaparecerla. Con alegría, sintió de nuevo que aquel borde había recobrado el pulimento y la tersura del contorno. Aunque sus dedos no detectaron otra dureza ni callo en ciernes, previsoramente cepillo con la piedra pomez las dos plantas y los empeines y hasta los diez dedos de los pies. Después, con la tijera y la lima ya preparadas, se dispuso a cortarse las unas y a limarlas, placer gratisimo. Allí, el peligro que se trataba de conjurar era el unero. El tenía un método infalible, resultado de su paciente observación y de su imaginación práctica: cortar la una en forma de medialuna, dejando a los extremos dos cuernecillos intactos que, gracias a su forma, sobresaldrían de la carne sin incrustarse nunca en ella. Estas unas sarracenas, por lo demás, podían, gracias a su conformación selenita en cuarto menguante, limpiarse mejor: la punta de la lima penetraba fácilmente en esa suerte de trinchera o alveolo entre la una y la carne donde podía acumularse el polvo, apelmazarse el sudor, refugiarse alguna escoria. Cuando terminé de recortar, limpiarse y limarse las unas, escarbo las cutículas con prolijidad hasta dejarlas indemnes de esas presencias misteriosas, blanquecinas, cristalizadas en aquellos repliegues pedestres a causa de los roces, la falta de ventilación y el sudor. Terminada su tarea, contemplo y palpo sus pies con afectuosa satisfacción. Arrojo al excusado las cutículas y suciedades que había recogido en un pedazo de papel higiénico y tiro de la cadena. Después, se jabono y enjuago los pies con mucho esmero. Y luego de secárselos, los espolvoreo con un talco semi invisible que despedía un olor leve y viril, a heliotropo de amanecer. Le restaba aún completar las tareas invariables del rito: boca y axilas. Aunque se concentraba en ellas con sus cinco sentidos, tomándose todo el tiempo debido para asegurar el éxito de la operación, dominaba de tal modo el ritual que su atención podía escindirse y parcialmente consagrarse, también, a un principio de estética, uno distinto cada día de la semana, uno extraído de aquel manual, tabla o mandamientos elaborados por el mismo, también secretamente, en estos enclaves nocturnos que, bajo la coartada del aseo, constituían su religión particular y su personal manera de materializar la utopía. Mientras disponía sobre la plancha de mármol ocre, vetado de blanco, los ingredientes del ofertorio bucal –vaso lleno de agua, hilo dental, pasta dentífrica, escobilla– eligió uno de los postulados de los que estaba más seguro, un principio sobre el que, una vez formulado, no había dudado jamás: «Todo lo que brilla es feo y, principalmente, los hombres brillantes». Se lleno la boca con un trago de agua y se la enjuago vigorosamente, viendo en el espejo como se hinchaban sus carrillos, mientras él seguía enjuagándose para desprender los residuos más sueltos, aposentados en las encías o colgando superficialmente entre los dientes. «Hay ciudades brillantes, cuadros y poemas brillantes, fiestas, paisajes, negocios y disertaciones brillantes», penso. Debían ser evitados como la moneda feble aunque esta impresa con muchos colorines o esas bebidas tropicales para turistas, adornadas con frutas y banderines y azucaradas al jarabe. Ya tenía, sujeto entre el pulgar y el índice de cada mano, un pedazo de veinte centímetros de hilo dental. Comenzo como siempre por las piezas superiores, de derecha a izquierda y luego de izquierda a derecha, teniendo a los incisivos como punto de arranque. Introducía el hilo en el

angosto intersticio y levantaba con el los bordes de la encia, que era donde se incrustaban siempre las odiosas miguitas de pan, las hebrillas de carne, los filamentos vegetales, las fibras y hollejos de la fruta. Con exaltacion infantil veia asomar a esas presencias espurias, erradicadas por el hilo y sus diestras acrobacias. Los escupia al lavador y los veia escurrirse y desaparecer en el desague, arrastrados en el remolino formado por la pequena tromba de agua vertida por el cano. Mientras, pensaba: «Hay cabelleras brillantes que coronan cerebros opacos o los vuelven asi. La palabra mas fea del castellano es brillantina». Al terminar de escarbar la hilera superior se enjuago de nuevo la boca y limpio el hilo en el chorro del cano. Luego, con el mismo brio e identico profesionalismo emprendio la limpieza de los dientes y muelas del piso inferior. «Hay conversaciones brillantes, musicas brillantes, enfermedades brillantes como la alergia al polen, la gota, las depresiones y el *stress*. Hay, por supuesto, brillantes brillantes». Se enjuago una vez mas y arrojó el pedazo de hilo dental al cesto de la basura. Ahora si podia cepillarse los dientes con pasta dentifrica. Lo hizo, moviendo la escobilla de arriba abajo, despacio y presionando a fin de que las cerdas –naturales, nunca de plastico– penetraran en la intimidad de aquellas ranuras oseas en busca de los residuos de comida que habian sobrevivido a la labor de zapa del hilo dental. Cepillo primero la cara posterior y despues la anterior. Cuando se enjuago por ultima vez, sintio en su boca esa agradable sensacion a menta y limon, tan refrescante y juvenil, como si de pronto en aquella cavidad enmarcada por las encias y el paladar alguien hubiera accionado un ventilador, encendido el aire acondicionado y sus dientes y muelas hubieran dejado de ser esos huesos duros e insensibles y se hubieran impregnado de una sensibilidad de labios. «Mis dientes brillan», penso, con cierta angustia. «Bueno, puede ser tal vez la excepcion que confirma la regla.» «Hay», penso, «plantas brillantes como la rosa. Y animales brillantes como el gato de Angora. » Subitamente imagino a dona Lucrecia desnuda, jugueteando con una docena de gatitos de Angora que se frotaban contra todos los recodos de su hermoso cuerpo, maullando, y, temeroso de experimentar una prematura ereccion, se apresuro a lavarse las axilas. Lo hacia varias veces al dia: en la manana, al ducharse, y, en el cuarto de bano de la compania de seguros, al mediodia, antes de salir a almorzar. Pero era solo ahora, en el rito de las noches, cuando lo hacia a conciencia y disfrutando, ni mas ni menos que si se tratase de un placer prohibido. Se enjuago primero los dos sobacos con agua tibia y tambien los brazos, friccionandolos con fuerza para activar la circulacion. Luego, lleno el lavador de agua caliente en la que deslio un poco de jabon perfumado hasta ver la liquida superficie alborotarse de espuma. Hundio cada uno de los brazos en la acariciadora temperatura y se restrego los sobacos con paciencia y carino, desenredando y enredando sus guedejas pardas en el agua jabonosa. Mientras, su mente proseguia: «Hay perfumes brillantes como el de la rosa y el alcanfor». Finalmente se seco y engalano sus axilas con una colonia de aliento muy ligero, que sugeria el olor de la piel mojada por el mar o el de una brisa marina que hubiera pasado, contaminandose, por invernaderos de flores. «Soy perfecto», penso, mirandose en el espejo, oliendose. No habia en su pensamiento ni pizca de vanidad. Este

cuidado tan laborioso de su cuerpo no tenia por objeto volverlo mas apuesto o menos feo, coqueterias que de algun modo rendian culto –las mas de las veces inconscientemente– al desdenado ideal gregario –.no se era siempre «hermoso» para los demas?–, Si no hacerle sentir que, de este modo, atajaba en algo la cruenta zapa del tiempo, que asi contenia o demoraba el fatidico deterioro impuesto por la ruin Naturaleza a lo existente. La sensacion de librar este combate hacia bien a su alma. Pero, ademas, desde que se habia casado, y sin que Lucrecia lo supiera, tambien combatia contra la decadencia de su cuerpo en nombre de su esposa. «Como el Amadis por Oriana», penso. Penso: «Por ti y para ti, mi amor». La perspectiva de, una vez que apagase la luz y saliera del cuarto de bano, encontrar en el lecho a su mujer, esperandolo en una semimodorra sensual, todas sus turgencias alertas y prontas a ser despertadas por sus caricias, lo escarapelo de la cabeza a los pies. «Has cumplido cuarenta y nunca has sido mas bella», murmuro, avanzando hacia la puerta. «Te amo, Lucrecia». Un segundo antes de que el cuarto de bano quedara a oscuras, advirtio en uno de los espejos del tocador que sus emociones y devaneos habian trocado ya su humanidad en una silueta beligerante, en un perfil que tenia algo del animal maravilloso de las mitologias medievales: el unicornio.

Venus con amor y musica

Ella es Venus, la italiana, la hija de Jupiter, la hermana de Afrodita la griega. El tanedor del organo le da lecciones de musica. Yo me llamo Amor. Pequenin, blando, rosaceo y alado, tengo mil anos de edad y soy casto como una libelula. El ciervo, el pavo real y el venado que se divisan por la ventana estan tan vivos como la pareja de amantes enlazados que pasean a la sombra de los arboles de la alameda. En cambio, el satiro de la fuente en cuya testa surte agua cristalina de una jofaina de alabastro, no lo esta: es un pedazo de marmol toscano que un habil artista venido del sur de Francia modelo. Tambien nosotros tres estamos vivos y despiertos como el arroyo que baja de la montana cantando entre las piedras o como la algarabia de los loros que vendio a don Rigoberto, nuestro senor, un mercader del Africa. (Los cautivos animales se aburren ahora en una jaula del jardin.) Ha comenzado el crepusculo y pronto caera la noche. Cuando ella llegue con sus andrajos plumizos, el organo callara y yo y el profesor de musica deberemos partir para que el dueno de todo lo que aqui se ve, entre a esta habitacion a tomar posesion de su senora. Venus, para entonces, gracias a nuestra voluntad y buen oficio, estara pronta para recibirlo' y entretenerlo como su fortuna y rango merecen. Es decir, con fuego de volcan, sensualidad de ofidio y engreimientos de gata de Angora. El joven profesor y yo no estamos aqui disfrutando sino trabajando, aunque, es verdad, todo trabajo hecho con eficacia y conviccion muda en placer. Nuestra tarea consiste en despertar la alegria corporal de la senora, avivando las cenizas de cada uno de sus cinco sentidos hasta volverlas llamarada y en poblar su rubia cabeza de

sucias fantasias. Así le gusta a don Rigoberto que se la entreguemos: ardiente y avida, todas sus prevenciones morales y religiosas suspendidas y su mente y su cuerpo sobrecargados de apetitos. Es una tarea grata pero no fácil; requiere paciencia, astucia y destreza en el arte de sintonizar la furia del instinto con la sutileza del espíritu y las ternuras del corazón. La música reiterativa y eclesial del órgano crea la atmósfera propicia. Generalmente se piensa que el órgano, tan asociado a la misa y al canto religioso, desensualiza y hasta desencarna al humilde mortal a quien sus ondas banan. Craso error; en verdad, la música del órgano, con su languidez obsesionante y sus suaves maullidos no hace más que desconectar al cristiano del siglo y de la contingencia, aislando su espíritu de modo que pueda volcarse en algo exclusivo y distinto: Dios y la salvación, sí, en innumerables casos; pero, también, en muchos otros, el pecado, la perdición, la lujuria y demás truculentos sinónimos municipales de lo que expresa esta limpia palabra: el placer. A la señora el tándido del órgano la aquieta y la recoge; una blanda inmovilidad parecida al éxtasis la embarga y ella entonces entrecierra los ojos para reconcentrarse más en la melodía que, a medida que la invade, aleja de su espíritu las preocupaciones y rencillas de la jornada y lo vacía de todo lo que no sea audición, sensación pura. Así es el comienzo. El profesor toca con agilidad y soltura, sin apresurarse, en un suave crescendo enervante, eligiendo ambiguas músicas que sigilosamente nos transportan a los austeros retiros disciplinados por san Bernardo, a las procesiones callejeras que se transforman de pronto en pagano carnaval, y, de allí, sin transición, al coro gregoriano de una abadía o a la misa cantada de una catedral con profusión de purpurados, y por fin al promiscuo baile de disfraces, en una mansión de las afueras. Corre el vino a raudales y hay trasiegos sospechosos en las glorietas del jardín. Una bella zagala, sentada en las rodillas de un vejete rijoso y barrigón, se quita de pronto el antifaz. ¿Y quien resulta ser? ¿Uno de los mocitos del establo! ¿O el bobo andrógino de la aldea con verga de hombre y ubres de mujer! Mi señora va viendo estas imágenes porque yo se las describo en el oído, con vocecilla aviesa, al compás de la música. Mi sabiduría le traduce en formas, colores, figuras y acciones incitantes las notas del órgano cómplice. Eso es lo que ahora estoy haciendo, semiencaramado en su espalda, mi cremosa carita avanzada como un espigón por sobre su hombro: susurrándole fábulas pecaminosas. Ficciones que la distraen y hacen sonreír, ficciones que la sobresaltan y enardecen. El profesor no puede dejar un solo instante de tñer el órgano: le va en ello la cabeza. Don Rigoberto lo ha prevenido: «Si aquellos fuelles dejan aunque sea un instante de soplar entenderé que cediste a la tentación de palpar. Entonces, te clavare esta daga en el corazón y echare tu cadáver a los sabuesos. Ahora sabremos que es más fuerte en ti, doncel: si el deseo de mi hermosa o el apego a tu vida». Lo es el apego a su vida, por supuesto. Pero, mientras pulsa las teclas, tiene derecho a mirar. Es un privilegio que lo honra y exalta, que lo hace sentirse monarca o dios. Lo aprovecha con fruición deleitosa. Sus miradas, por lo demás, facilitan y complementan mi tarea ya que, la señora, advirtiendo el fervor y la pleitesía que le rinden los ojos de aquella faz imberbe y presintiendo las febriles codicias que despiertan en ese adolescente sensible sus muelles formas blancas, no

puede dejar de sentirse conmovida y presa de humores concupiscentes. Sobre todo cuando el tanedor del organo la mira allí donde la esta mirando. .Que encuentra o que busca en ese venusino rincon el joven musico? .Que tratan de perforar sus virgenes pupilas? .Que lo imanta de tal modo en ese triangulo de piel transparente, circulado por venillas azules como riachuelos, al que sombrea el depilado bosquecillo del pubis? Yo no sabria decirlo y creo que el tampoco. Pero algo hay allí que atrae sus ojos cada atardecer con el imperio de una fatalidad o la magia de un sortilegio. Algo como la adivinacion de que al pie del soleado montecillo de Venus, en la tierna hendidura que protegen las torneadas columnas de los muslos de la senora, esponjosa, rojiza, humeda con el rocío de su intimidad, discurre la fuente de la vida y del placer. Muy pronto, nuestro senor don Rigoberto se inclinara a beber en ella la ambrosia. El tanedor del organo sabe que a el esa bebida le estara siempre vedada pues dentro de poco entrara al convento de los dominicos. Es un muchacho piadoso que desde la mas tierna infancia sintio el llamado de Dios y al que nada ni nadie apartaran del sacerdocio. Aunque, segun me lo ha confesado, estas veladas crepusculares lo hacen sudar hielo y pueblan sus sueños de demonios con tetas y nalgas de mujer, ellas no han debilitado su vocacion religiosa. Antes bien: lo han convencido de la necesidad, a fin de salvar su alma y ayudar a otros a salvar la suya, de renunciar a las pompas y carnes de este mundo. Acaso mira con tanta obstinacion el enrulado vergel de su ama solo para probarse a si mismo y mostrar a Dios que es capaz de resistir las tentaciones, incluida la mas luciferina: el inmarcesible cuerpo de nuestra senora. Ni ella ni yo tenemos esos problemas de conciencia y de moral. Yo porque soy un dioscecillo pagano, y para colmo inexistente, nada mas y nada menos que una imaginacion de los humanos, y ella porque es una esposa obediente que se somete a estas veladas preparatorias de la noche conyugal por respeto a su esposo, quien las programa en sus minimos detalles. Se trata, pues, de una dama docil a la voluntad de su dueno, como debe serlo la esposa cristiana, de modo que, si hay pecado en estos agapes sensuales, es de suponer que ennegreceran unicamente el alma de quien, para su deleite personal, los concibe y los manda. Tambien el delicado y laborioso peinado de la senora, con sus bucles, ondulaciones, coquetas mechassueltas, elevaciones y caidas, y sus adornos de perlas exóticas, es espectáculo orquestado por don Rigoberto. El dio instrucciones precisas a los peluqueros y el pasa revista cada dia, como un jefe a su mesnada, al ejercito de alhajas del ajuar de la senora para elegir las que luciran esa noche sobre sus cabellos, rodearan su garganta, penderan de sus translucidas orejas y aprisionaran sus dedos y muñecas. «Tu no eres tu sino mi fantasia», dice ella que le susurra cuando la ama. «Hoy no seras Lucrecia sino Venus y hoy pasaras de peruana a italiana y de terrestre a diosa y simbolo». Tal vez sea asi, en las alambicadas quimeras de don Rigoberto. Pero ella sigue siendo real, concreta, viva como una rosa sin arrancar de la rama o una avecilla que canta. .No es una mujer hermosa? Si, hermosisima. Sobre todo, en este instante, cuando sus instintos han empezado a despertar, recordados por la sabia alquimia de las notas alargadas del organo, las tremulas miradas del musico y las ardientes corrupciones que le destilo en el oido. Mi mano izquierda

siente, allí sobre su pecho, como su piel se ha ido tensando y calentando. Su sangre empieza a hervir. Este es el momento en que ella alcanza la plenitud, o (para decirlo cultamente) aquello que los filósofos llaman absoluto y los alquimistas transubstancia. La palabra que cifra mejor su cuerpo es: turgente. Azuzada por mis salaces ficciones, todo en ella se vuelve curva y prominencia, sinuosa elevación, blandura al temple. Esa es la consistencia que el buen gastador debería preferir para su compañera a la hora del amor: tierna abundancia que parece a punto de derramarse pero que se mantiene firme, suelta, elástica como la fruta madura y la pasta recién amasada, esa tierna textura que los italianos llaman morbidezza, palabra que hasta aplicada al pan suena lasciva. Ahora que ya está incendiada por dentro, su cabecita fosforeciendo de lubricas imágenes, yo escalare su espalda y me revolcare sobre la satinada geografía de su cuerpo, haciéndole cosquillas con mis alas en las zonas propicias, y retozare como un cachorrillo feliz en la tibia almohada de su vientre. Esos disfueros míos la hacen reír y encandilan su cuerpo hasta volverlo brasa. Ya mi memoria está oyendo su risa que vendrá, una risa que apaga los gemidos del órgano y cubre de líquida saliva los labios del joven profesor. Cuando ella ríe sus pezones se endurecen y empujan como si una invisible boca mamara de ellos, y los músculos de su estómago vibran bajo la tersa piel olorosa a vainilla sugiriendo el rico tesoro de tibiezas y sudores de su intimidad. En ese momento mi respingarla nariz puede oler el aroma a queso rancio de sus jugos secretos. El perfume de esa supuración de amor enloquece a don Rigoberto, quien –ella me lo ha contado–, de hinojos, como el que ora, lo absorbe y se impregna de él hasta embriagarse de dicha. Es, asegura, mejor afrodisíaco que todos los elixires de inmundas mezclas que andan vendiendo a los amantes los brujos y las celestinas de esta ciudad. «Mientras huelas así, seré tu esclavo», dice ella que él le dice, con la lengua floja de los ebrios de amor. Pronto se abra la puerta y escucharemos el quedo susurro de las pisadas en la alfombra de don Rigoberto. Pronto lo veremos asomarse a la vera de este lecho a comprobar si hemos sido capaces, yo y el profesor, de acercar la rastrera realidad a los oropeles de su fantasía. Oyendo la risa de la señora, viéndola, respirándola, comprenderá que algo de eso ha ocurrido. Hara entonces un casi imperceptible ademán de aprobación, que será para nosotros la orden de partida. El órgano enmudecerá; con una profunda venia, el profesor hara mutis por el patio de los naranjos y yo saltare por la ventana y me alejare volatineando rumbo a la noche fragante del campo. En la alcoba quedaran ellos dos y el rumor de su tierna contienda.

La sal de sus lagrimas

Justiniana tenía los ojos como platos y no dejaba de accionar. Sus manos parecían

aspas:

–.El niño Alfonso dice que se va a matar! .Porque usted ya no lo quiere, dice! –

pestaneaba, aterrada-. Esta escribiendole una carta de despedida, senora.
-.Es este otro de esos disparates que...? -balbuceo dona Lucrecia, mirandola por el
espejo del tocador-. .Tienes pajaritos en la cabeza, no?
Pero la cara de la mucama no era de bromas y dona Lucrecia, que estaba depi-
landose las cejas, dejo caer la pinza al suelo y sin preguntar mas echo a correr
escaleras abajo, seguida por Justiniana. La puerta del nino estaba cerrada con
llave.
La madrastra toco con los nudillos: «Alfonso, Alfonsito». No hubo respuesta ni
se
oyo ruido adentro.
-.Foncho! .Fonchito! -insistio dona
Lucrecia, tocando de nuevo. Sentia que la espalda se le helaba-. .Abreme!
.Estas
bien? .Por que no contestas? .Alfonso!
La llave giro en la cerradura, chirriando, pero la puerta no se abrio. Dona
Lucrecia
trago una bocanada de aire. El suelo era otra vez solido bajo sus pies, el
mundo se
reordenaba despues de haber sido un resbaladizo tumulto.
-Dejame sola con el -ordeno a Justiniana.
Entro en el cuarto, cerrando la puerta a su espalda. Hacia esfuerzos por
reprimir la
indignacion que iba ganandola, ahora que habia pasado el susto.
El nino, todavia con la camisa y el pantalon del uniforme de colegio, estaba
sentado
en su mesa de trabajo, la cabeza baja. La alzo y la miro, inmovil y triste, mas
bello
que nunca. A pesar de que aun entraba luz por la ventana, tenia encendida la
lamparilla y en el dorado redondel que caia sobre el secante verdoso dona
Lucrecia
diviso una carta a medio hacer, la tinta todavia brillando, y un lapicero abierto
junto
a su manecita de dedos manchados.
Se acerco a pasos lentos.
-.Que estas haciendo? -murmuro.
Le temblaban la voz y las manos, su pecho subia y bajaba.
-Escribiendo una carta -repuso el nino en el acto, con firmeza-. A ti.
-.A mi? -sonrio ella, tratando de parecer halagada-. .Ya puedo leerla?
Alfonso puso su mano encima del papel.
Estaba despeinado y muy serio.
-Todavia. -En su mirada habia una resolucion adulta y su tono era desafiante-.
Es
una carta de despedida.
-.De despedida? Pero .acaso te vas a alguna parte, Fonchito?
-A matarme -lo oyo decir dona Lucrecia, mirandola fijo, sin moverse. Aunque,

despues de unos segundos, su compostura se quebro y se le aguaron los ojos-
:

Porque tu ya no me quieres, madrastra.

Oirselo decir de esa manera entre adolorida y agresiva, con la carita torciendosele

en un puchero que intentaba en vano frenar y usando palabras de amante

despechado que desentonaban tanto en su figurilla imberbe, de pantalon corto, desarmo a dona Lucrecia. Permanecio muda, boquiabierta, sin saber que responder. -Pero, que tonterias estas diciendo, Fonchito -murmuro al fin, sobreponiendose solo a medias-. .Que yo no te quiero? Pero, corazon, si tu eres como mi hijo. Yo a ti... Se callo, porque Alfonso, dejando caer su cuerpo sobre ella y abrazandose de su cintura, rompio a llorar. Sollozaba, con la cara aplastada contra el vientre de dona Lucrecia, su pequeno cuerpo conmovido por los suspiros y con un jadeo ansioso de cachorrillo hambriento. Era un nino, ahora si, no habia duda, por la desesperacion con que lloraba y el impudor con que exhibia su sufrimiento. Luchando para no dejarse vencer por la emocion que le cerraba la garganta y habia mojado ya sus ojos, dona Lucrecia le acaricio los cabellos. Confundida, presa de sentimientos contradictorios, lo escuchaba desahogarse, balbuciendo sus quejas. -Hace dias que no me hablas. Te pregunto algo y te das la vuelta. Ya no me dejas que te bese ni para los buenos dias ni las buenas noches y cuando regreso del colegio me miras como si te molestara verme entrar a la casa. .Por que madrastra? .Yo que te he hecho? Dona Lucrecia lo contradecia y lo besaba en los cabellos. No, Fonchito, nada de eso es verdad. .Que susceptibilidades eran esas, chiquitin! Y, buscando la forma mas atenuada, trataba de explicarselo. .Como no lo iba a querer! .Muchisimo, corazoncito! Pero si vivia pendiente de el para todo y lo tenia siempre en la mente cuando el estaba en el colegio o jugando al futbol con sus amigos.. Ocurria, simplemente, que no era bueno que fuera tan pegado a ella, que se desviviera en esa forma por su madrastra. Podia hacerle dano, zoncito, ser tan impulsivo y vehemente en sus afectos. Desde el punto de vista emocional, era preferible que no dependiera tanto de alguien como ella, tan mayor que el. Su carino, sus intereses debian compartirse con otras personas, volcarse sobre todo en ninos de su edad, sus amiguitos, sus primos. Asi creceria mas pronto, con una personalidad propia, asi seria el hombrecito de caracter del que ella y don Rigoberto se sentirian despues tan orgullosos. Pero, mientras dona Lucrecia hablaba, algo en su corazon desmentia lo que iba diciendo. Estaba segura de que el nino tampoco le prestaba atencion. Acaso ni la oia. «No creo una palabra de lo que le digo», penso. Ahora que sus sollozos habian cesado, aunque aun lo sobrecogia de tanto en tanto un hondo suspiro, Alfonsito parecia concentrado en las manos de su madrastra. Se las habia cogido y las besaba despacito, timidamente, con uncion. Luego, mientras se las frotaba contra la mejilla satinada, dona Lucrecia lo escucho murmurar quedo, como si se dirigiese solo a los dedos afilados que apretaba con fuerza: «Yo a ti te quiero mucho, madrastra. Mucho, mucho... Nunca mas me trates asi, como en estos dias, porque me matare. Te juro que me matare». Y, entonces, fue

como si dentro de ella un dique de contencion subitamente cediera y un torrente irrumpiera contra su prudencia y su razon, sumergiendolas, pulverizando principios ancestrales que nunca habia puesto en duda y hasta su instinto de conservacion. Se agacho, apoyo una rodilla en tierra para estar a la misma altura del nino sentado y lo abrazo y lo acaricio, libre de trabas, sintiendose otra y como en el corazon de una tormenta. –Nunca mas –repitio, con dificultad, pues la emocion apenas le permitia articular las palabras–. Te prometo que nunca mas te tratare asi. La frialdad de estos dias era fingida, chiquitin. Que tonta he sido, queriendo hacerte un bien te hice sufrir. Perdoname, corazon... Y, al mismo tiempo, lo besaba en los alborotados cabellos, en la frente, en las mejillas, sintiendo en los labios la sal de sus lagrimas. Cuando la boca del nino busco la suya, no se la nego. Entrecerrando los ojos se dejo besar y le devolvio el beso. Luego de un momento, envalentonados, los labios del nino insistieron y empujaron y entonces ella abrio los suyos y dejo que una nerviosa viborilla, torpe y asustada al principio, luego audaz, visitara su boca y la recorriera, saltando de un lado a otro por sus encias y sus dientes, y tampoco retiro la mano que, de pronto, sintio en uno de sus pechos. Reposo alli un momento, quieta, como tomando fuerzas, y despues se movio y, ahuecandose, lo acaricio en un movimiento respetuoso, de presion delicada. Aunque, en lo profundo de su espiritu, una voz la urgia a levantarse y partir, dona Lucrecia no se movio. Mas bien, estrecho al nino contra si y, sin inhibiciones, siguio besandolo con un impetu y una libertad que crecian al ritmo de su deseo. Hasta que, como en suenos, sintio el freno de un automovil y, poco despues, la voz de su marido, llamandola. Se incorporo de un salto, espantada; su miedo contagio al nino cuyos ojos se impregnaron de susto. Vio la ropa desordenada de Alfonso, las marcas de carmin en su boca. «Anda a lavarte», le ordeno, deprisa, senalando, y el nino asintio y corrio al bano. Ella salio de la habitacion mareada y, poco menos que a tropezones, cruzo el saloncillo que daba al jardin. Fue a encerrarse en el bano de visitas. Estaba desfalleciente, como si hubiera corrido. Mirandose en el espejo, le sobrevino un ataque de risa histérica que sofoco tapandose la boca. «Insensata, loca», se insulto, mientras se mojaba la cara con agua fria. Luego, se sento en el bide y solto la regadera, largo rato. Se sometio a un aseo minucioso y compuso sus ropas y sus facciones y permanecio alli hasta sentirse de nuevo totalmente serena, duena de su cara y de sus gestos. Cuando salio a saludar a su marido, estaba fresca y risuena como si nada anormal le hubiera sucedido. Pero, aunque don Rigoberto la noto tan carinosa y sollicita como todos los dias, desbordante de mimos y atenciones, y escucho sus anécdotas de la jornada con el interes de siempre, habia en dona Lucrecia un escondido malestar que no la abandono un instante, una desazon que, de tanto en tanto, le producía un escalofrio y le ahuecaba el vientre. El nino cenó con ellos. Estuvo discreto y formalito, igual que de costumbre. Con risa saltarina celebro los chistes de su padre y le pidio incluso que les contara otros, «esos chistes negros papa, esos que son algo cochinos». Cuando sus ojos se cruzaban con los de el, dona Lucrecia se admiraba de no encontrar en esa mirada despejada, azul palido, ni la sombra de una nube, el mas minimo brillo de picardia o de complicidad.

Horas despues, en la intimidad a oscuras de la alcoba, don Rigoberto musito una vez mas que la queria y, cubriendola de besos, le agradecio sus dias y sus noches, la inmensa felicidad que gracias a ella lo colmaba. «Desde que nos casamos, estoy aprendiendo a vivir, Lucrecia», oyo que le decia, exaltado. «Si no fuera por ti, hubiera muerto ignorante de tanta sabiduria y sin sospechar siquiera lo que era, de verdad, gozar». Ella lo escuchaba conmovida y dichosa pero aun ahora no podia dejar de pensar en el nino. Sin embargo, esa vecindad intrusa, esa presencia mirona y angelical no empobrecia, mas bien condimentaba su placer con urca esencia turbadora, febril. .No me preguntas quien soy? –murmuro, por fin, don Rigoberto. –.Quien, quien, amor mio? –le respondió con la impaciencia requerida, alentandolo.

–Un monstruo, pues –lo oyo decir, ya lejos, inalcanzable en el vuelo de su fantasia.

Semblanza de humano

Perdi la oreja izquierda de un mordisco, peleando con otro humano, creo. Pero, por la delgada ranura que quedo, oigo claramente los ruidos del mundo. Tambien veo las cosas, aunque al sesgo y con dificultad. Pues, aunque al primer golpe de vista no lo parezca, esa protuberancia azulina, a la izquierda de mi boca, es un ojo. Que este alli, funcionando, capturando las formas y los colores, es un prodigio de la ciencia medica, un testimonio del progreso extraordinario que caracteriza al tiempo en que vivimos. Yo debia de estar condenado a perpetua oscuridad, desde el gran incendio –no recuerdo si provocado por un bombardeo o un atentado– en el que todos los sobrevivientes quedaron privados de la vista y el pelo, a causa de los oxidos. Tuve la suerte de perder solo un ojo; el otro fue salvado por los oftalmologos luego de dieciseis intervenciones. Carece de parpados y lagrimea con frecuencia, pero me permite distraerme viendo la television, y, sobre todo, detectar rapidamente la aparicion del enemigo. El cubo de vidrio donde estoy es mi casa. Veo a traves de sus paredes pero nadie puede verme desde el exterior: un sistema muy conveniente para la seguridad del hogar, en esta epoca de tremendas asechanzas. Los vidrios de mi morada son, claro esta, antibalas, antigermenes, antirradiaciones e insonoros. Estan siempre perfumados con un olor a sobaco y almizcle que a mi –ya se que solo a mi– me deleita. Tengo un olfato muy desarrollado y es por la nariz por donde mas gozo y sufro. .Debo llamar nariz a este organo membranoso y gigante que registra todos los olores, aun los mas sutiles? Me refiero al bulto grisaceo, con costras blancas, que empieza a la altura de mi boca y baja, creciendo, hasta mi cuello de toro. No, no es la hinchazon del bocio ni una manzana de Adan inflada por la acromegalia. Es mi nariz. Se que no es bella ni util, pues su excesiva sensibilidad la torna un indescriptible tormento cuando se pudre una rata en la vecindad o pasan materias fetidas por las canerias que atraviesan mi hogar. Aun asi, yo la venero y a veces pienso que mi nariz es el aposento de mi alma.

No tengo brazos ni piernas pero mis cuatro munones estan bien cicatrizados y endurecidos, de modo que puedo desplazarme por la tierra con facilidad y aun a la carrera si hace falta. Mis enemigos no han logrado darme alcance hasta ahora en ninguna de las persecuciones. .Como perdi las manos y los pies? Un accidente de trabajo, tal vez; o, acaso, un medicamento que engullo mi madre para tener un embarazo benigno (la ciencia no acierta en todos los casos, por desgracia). Mi sexo esta intacto. Puedo hacer el amor a condicion de que el mozalbete o la hembra que hace de partenaire me permita acomodarme de tal manera que mis forunculos no rocen su cuerpo, pues si revientan mana de ellos el pus hediondo y padezco dolores atroces. Me gusta fornicar y, en cierto sentido, diria que soy un voluptuoso. Es verdad que a menudo experimento fiascos o la humillante eyaculacion precoz. Pero, otras veces, tengo orgasmos prolongados y repetidos que me dan la sensacion de ser aereo y radiante como el arcangel Gabriel. La repugnancia que inspiro a mis amantes se troca en atraccion, e incluso en delirio, una vez que –con ayuda del alcohol o la droga casi siempre– vencen la prevencion inicial y aceptan trenzarse conmigo sobre una cama. Las mujeres llegan a amarme, incluso, y los chicos a enviciarse con mi fealdad. En el fondo de su alma, a la bella la fascino siempre la bestia, como recuerdan tantas fabulas y mitologias, y es raro que en el corazon de un apuesto jovenzuelo no anide algo perverso. Nunca lamento alguno de mis amantes haberlo sido. Ellos y ellas me agradecen haberlos instruido en las refinadas combinaciones de lo horrible y el deseo para causar placer. Conmigo aprendieron que todo es y puede ser erogeno y que, asociada al amor, la funcion organica mas vil, incluidas aquellas del bajo vientre, se espiritualiza y ennoblece. La danza de los gerundios que conmigo bailan –eructando, orinando, defecando– los acompaña despues como un melancolico recuerdo de los tiempos idos, ese descenso a la mugre (algo que a todos tienta y que tan pocos osan emprender) que hicieron en mi compania. Mi mayor fuente de orgullo es mi boca. No es verdad que este abierta de par en par porque aullo de desesperacion. La tengo asi para mostrar mis blancos y filudos dientes. .No los envidiaria cualquiera? Apenas si me faltan dos o tres. Los demas se conservan firmes y carniceros. Si es necesario, trituran piedras. Pero prefieren cebarse sobre pechugas y nalgas de terneras, incrustarse en tetillas y muslos de gallinas y capones o gargantas de pajarillos. Comer carne es una prerrogativa de los dioses. No soy desdichado ni quiero que me compadezcan. Soy como soy y eso me basta. Saber que otros estan peor es un gran consuelo, por supuesto. Es posible que Dios exista, pero eso, a estas alturas de la historia, con todo lo que nos ha pasado .tiene alguna importancia? .Que el mundo acaso pudo ser mejor de lo que es? Si, acaso, pero .para que preguntarselo? He sobrevivido y, a pesar de las apariencias, formo parte de la raza humana. Mirame bien, amor mio. Reconoceme, reconocete.

Tuberosa y sensual

«*Erase un hombre a una nariz pegado*», recito don Rigoberto, iniciando, con una invocación poética, la ceremonia de los jueves. Y recuerdo a José María Eguren, el gracil poeta nefelibata que, considerando la palabra «nariz» fonéticamente vulgar, la afranceso y llamo *nez* en sus poemas. ¿Era muy fea su nariz? Dependía del cristal a cuyo través se la miraba. Era rotunda y aquilina, sin complejos de inferioridad, curiosa del mundo, muy sensible, tuberosa y ornamental. Pese a los cuidados y prevenciones de don Rigoberto la averiaban de cuando en cuando rachas de espinillas, pero, esta semana, a juzgar por lo que decía el espejito, no había aparecido una sola que apretar, expulsar y desinfectar luego con agua oxigenada. Por un inexplicable capricho cutáneo buena parte de ella, sobre todo en su extremo inferior, allí donde se curvaba y abría en dos ventanas, lucía una coloración encarnada, matiz borgona anejo, como la que denuncia a los borrachos. Pero don Rigoberto bebía con tanta moderación como comía, de manera que aquellos arreboles no tenían otra causa posible, a su entender, que las incoherencias y veleidades de la señora Naturaleza. A no ser que –la cara del marido de doña Lucrecia se distendió en una sonrisa de oreja a oreja– su sensible narizota viviera ruborizada recordando los libidinosos menesteres que olfateaba en el lecho conyugal. Don Rigoberto vio que los dos orificios de su órgano respiratorio se ensanchaban de inmediato, anticipando aquellas brisas seminales – «emulsionantes fragancias», penso– que, dentro de poco, entrando por allí, lo impregnarían hasta los tuétanos. Se sintió blando y agradecido. A trabajar, pues, que todo tenía su tiempo y sitio: todavía no era momento de respiraciones, cachafaz. Se sonó fuerte con su pañuelo, primero un lado y luego el otro, mientras con el dedo índice clausuraba el conducto opuesto, hasta estar seguro de que su nariz se hallaba limpia de mucosidades y aguadiza. Entonces, en la mano izquierda la lupa de filatelista que le servía para explorar las postales y grabados eróticos de su colección y para las minucias del aseo, y en la mano derecha la tijerilla de, unas, procedió a emancipar sus narices de esos pelillos antiestéticos cuyas negras cabecitas ya comenzaban a asomar al exterior, pese a haber sido decapitadas hacia solo siete días. La tarea demandaba la concentración de un miniaturista oriental a fin de llevarla a cabo con felicidad y sin cortarse. A don Rigoberto le producía un apacible sosiego espiritual, poco menos que el estado de «vacío y plenitud» descrito por los místicos. La férrea voluntad de domar las ingratas arbitrariedades de su cuerpo, obligando a este a existir dentro de ciertas pautas estéticas, sin desbordar unos límites fijados por su soberano gusto –y el de Lucrecia, en cierto modo– gracias a unas técnicas de extirpación, recorte, expulsión, riego, frote, tonsura, pulimento, etcétera, que había llegado a dominar como un eximio artesano su oficio, lo aislaba del resto de los hombres y le producía esa milagrosa sensación –que cuando se reuniera en la oscuridad de la alcoba con su mujer alcanzaría su apogeo de haber salido del tiempo. Algo más que una sensación: una certidumbre física. Todas sus células estaban en este instante liberadas –chas chas hacían las hojas plateadas de la tijerilla y chas chas los cercenados pelitos bajaban lentos, ingravidos, por el aire chas chas desde sus narices al remolino de agua del lavador chas chas–, suspendidas, absueltas del deterioro del acaecer, de la

pesadilla del siendo. Esa era la virtud magica del rito y los hombres primitivos lo habian descubierto en los albores de la historia: convertirlo a uno, por ciertos instantes eternos, en puro estar. El habia redescubierto esa sabiduria a solas, por su cuenta y riesgo. Penso: «La manera de sustraerse momentaneamente a la ruin decadencia y a las servidumbres edilicias de la civilidad, a las convenciones abyectas del rebano, para alcanzar, por un breve parentesis al dia, una naturaleza soberana». Penso: «Esto es un anticipo de inmortalidad». La palabra no le parecio excesiva. En este instante se sentia – chas chas, chas chas– incorruptible; y, pronto, entre los brazos y piernas de su esposa, se sentiria un monarca. Penso: «Un dios». El cuarto de bano era su templo; el lavador, el ara de los sacrificios; el era el sumo sacerdote y estaba celebrando la misa que cada noche lo purificaba y redimia de la vida. «Dentro de un momento sere digno de Lucrecia y estare con ella», se dijo.

Contemplandola, hablo a su robusta nariz en tono calido: «Te digo que muy pronto estaremos tu y yo en el paraiso, mi buena ladrona». Sus dos orificios se abrieron, golosos, husmeando el futuro. Pero en vez de los prensiles aromas intimos de la senora de la casa, olieron el aseptico olor de agua y jabon con que don Rigoberto, mediante complicadas aspersiones manuales y equinos movimientos de cabeza, se acicalaba ahora el interior ya podado de sus narices. Terminada la parte delicada del rito nasal, su mente pudo abandonarse de nuevo al fantaseo y asocio, de pronto, el inminente talamo matrimonial, donde Lucrecia yacia esperandolo, con el impronunciabile nombre del historiador y ensayista holandese Johan Huizinga, uno de cuyos ensayos le habia llegado al corazon, persuadiendolo de que habia sido escrito para el, para ella, para ellos dos. Enjuagandose el alma de la nariz con agua pura mediante un gotero, don Rigoberto se pregunto: «.No es nuestra cama el espacio magico del que habla *Homo Ludens*?». Si, por antonomasia. Segun el holandese, la cultura, la civilizacion, la guerra, el deporte, la ley, la religion, habian brotado de ese territorio convencional, como arborescencias y frondosidades, felices algunas, perversas otras, de la irresistible propension humana a jugar. Divertida teoria, sin duda; sutil tambien, pero seguramente falsa. Sin embargo, el pudico humanista no profundizo aquella intuicion genial aplicandola al dominio que la confirmaba, donde casi todo se esclarecia gracias a su luz. «*Espacio magico, territorio femenino, bosque de los sentidos*», busco metaforas para el pequeno pais que habitaba en este momento Lucrecia. «*Mi reino es una cama*», decreto. Estaba enjuagandose las manos, secandoselas. El vasto colchon de tres plazas permitia a la pareja moverse con comodidad en una direccion o en otra y estirarse e incluso rodar en semoviente y alegre abrazo sin riesgo de rodar al suelo. Era mullido pero tenso, de resortes firmes y tan perfectamente nivelado que los cuerpos podian deslizar por el cualquiera de sus miembros sin encontrar la menor aspereza u obstaculo que conspirara contra determinada gimnasia, posicion, temeridad o broma escultorica durante los juegos amorosos. «Abadia de la incontinencia», improviso don Rigoberto, inspirado. «Colchon jardin donde las flores de mi mujer se abren y arrojan para este privilegiado mortal sus esencias secretas.»

Vio que, en el espejito, sus narices se habian puesto a latir como dos pequenas

fauces hambrientas. «*Dejame respirarte, amor mio.*» La oleria y respiraria de pies a cabeza, con esmero y teson, demorandose mucho en ciertas partes de aroma propio y particular y apresurandose en otras, insipidas; nasalmente la escrutaria y amaria, oyendola protestar a veces entre risitas sofocadas: «*Ahi, no, mi amor, me haces cosquillas*».

Don Rigoberto sintio un ligero vahido de impaciencia. Pero no se apresuro: quien espera no desespera, se prepara para gozar con mas discernimiento y saber. Llegaba a las postrimerias del ceremonial cuando, proveniente del jardin, filtrandose por entre las junturas de los cristales, subio hasta sus narices el penetrante perfume de la madreselva. Cerro *los ojos* y aspiro. Era un perfume sedicioso el de esta trepadora incoherente. Permanecia muchos dias cerrada sobre si misma, sin librar su aroma verde, como atesorandolo y recargandolo, y, de pronto, en ciertos momentos misteriosos. Del dia o de la noche, en razon de la humedad del ambiente, o de los movimientos de la luna y las estrellas, o de ciertos discretos cataclismos ocurridos alla debajo, en el seno de la tierra donde se aposentaban sus raices, descargaba sobre el mundo ese vaho agridulce y turbador que hacia pensar en mujeres morenas, de cabelleras largas y ondulantes y en danzas en las que, en el desenfrenado remolino de las faldas, se divisaban muslos satinados, nalgas prietas, tobillos finos y, fuego fatuo veloz, la madeja de un frondoso pubis. Ahora si –don Rigoberto tenia *los ojos* entrecerrados y era como si toda la energia hubiera huido del resto de su cuerpo para refugiarse en sus organos reproductor y nasal– sus narices estaban aspirando la madreselva de dona Lucrecia. Y mientras el tibio y denso perfume, con reminiscencias de almizcle, de incienso, de coles remojadas, de anis, de pescado en vinagre, de violetas abriendose, de sudores de nina virgen, subia como una emanacion vegetal o una lava sulfurosa hasta su cerebro, erupcionandolo de deseo, su nariz, mudada en sensitiva, podia tambien sentir ahora aquella fronda amada, el roce viscoso de la raja de candentes labios, el cosquilleo del humedo velloncino cuyos sedosos filamentos hurgaban sus orificios nasales exacerbando aun mas el efecto de narcotico vaporoso que le brindaba el cuerpo de su amada. Haciendo un gran esfuerzo intelectual –repetir en voz alta el teorema de Pitagoras– don Rigoberto detuvo a medias la ereccion que comenzaba a destocar aquella cabecita enamorada, y, salpicandola con punados de agua fria, la apaciguo y devolvio, encogida, a su discreto capullo de pliegues. Contemplo enternecido el blando cilindro que, sereno ahora, elastico, meciendose levemente como el badajo de una campana, prolongaba su bajo vientre. Se dijo una vez mas que era una gran suerte que a sus padres no se les hubiera ocurrido hacerlo circuncidar: su prepucio era un diligente fabricante de sensaciones placenteras y estaba seguro de que, privado de esa translucida membrana, hubieran sido mas pobres sus noches de amor, acaso una privacion tan grave como si una brujeria le aboliera el olfato. Y subitamente recordo a aquellos audaces extravagantes para quienes aspirar fragancias insolitas y consideradas repelentes por el comun, era una necesidad vital, ni mas ni menos que comer y beber. Trato de imaginar al poeta Federico Schiller hundiendo avidamente sus sensibles narices en las manzanas podridas que lo estimulaban y predisponian

para la creacion y el amor, tanto como a don Rigoberto las figurillas eroticas. Y fantaseo despues sobre la inquietante receta privada del elegante historiador de la Revolucion Francesa, Michelet –una de cuyas fantasias era observar menstruando a su amada Athene– quien, cuando lo rendian la fatiga y el desanimio, abandonaba los manuscritos, pergaminos y ficheros de su estudio para deslizarse sigilosamente, como un ladron, hasta las letrinas del hogar. Don Rigoberto lo intuyo: con chaleco, levita de dos puntas, escarpines y acaso planstrom, arrodillado y reverente ante la taza de excrementos, absorbiendo con infantil delectacion las hediondas miasmas que, llegadas a los entresijos de su romantico cerebro, le devolverian el entusiasmo y la energia, la frescura de cuerpo y de espiritu, el impetu intelectual y los generosos ideales. «Comparado a esos originales que normal soy», penso. Pero no se sintio descorazonado ni inferior. La felicidad que habia encontrado en sus solitarias practicas higienicas y, sobre todo, en el amor de su mujer, le parecian compensacion suficiente de su normalidad. .Para que, teniendo esto, hubiera necesitado ser rico, famoso, extravagante, genial? La modesta oscuridad que era su vida a los' ojos de los demas, esa rutinaria existencia de gerente de una compania de seguros, ocultaba algo que, estaba seguro, pocos congeneres disfrutaban o sospechaban siquiera que existia: la dicha posible. Transitoria y secreta, si, minima incluso, pero cierta, palpable, nocturna, viva. Ahora la estaba sintiendo a su alrededor como una aureola y dentro de unos minutos el seria ella, y la dicha seria tambien su mujer con el y con ella, unidos –en esa trinidad profunda de los dos que, gracias al placer, eran uno o mejor dicho tres. .Habia resuelto, tal vez, el misterio de la Trinidad? Se sonrio: no era para tanto, cachafaz. Solo una pequena sabiduria para oponer un momentaneo antidoto a las frustraciones y contrariedades de que estaba adobada la existencia. Penso: «La fantasia corroe la vida, gracias a Dios». Al cruzar la puerta del dormitorio, suspiro, tremulo.

Sobremesa

–Te voy a decir algo que no sabes, madrastra –exclamo Alfonso, con una lucecita vibrante en las pupilas–. En el cuadro de la sala estas tu. Tenia la cara arrebatada y alegre y esperaba, con media sonrisa picara, que ella adivinara la intencion oculta en lo que acababa de insinuar. «Es un nino otra vez», penso dona Lucrecia desde el capullo tibio de languidez en que se hallaba, a medio camino entre la vigilia y el sueno. Hacia apenas un momento era un hombrecito desprejuiciado, de instinto certero, que cabalgaba sobre ella como diestro jinete. Ahora, era de nuevo un nino feliz, que se divertia jugando a los acertijos con su madre adoptiva. Estaba desnudo, de rodillas, sentado sobre sus talones al pie de la cama y ella no pudo resistir la tentacion de alargar la mano y posarla sobre ese muslo rubio, color miel, de vello semiinvisible abrigado por el sudor. «Asi debian de ser los dioses griegos», penso. «Los amorcillos de los cuadros, los pajes de las princesas, los geniecillos de *Las mil y una noches*, *los spintria* del libro de Suetonio.» Hundio los dedos en esa carne joven y

esponjosa y penso, con un estremecimiento voluptuoso: «Eres feliz como una reina, Lucrecia». –Pero, si en la sala hay un Szyszlo –murmuro, con desgana–. Un cuadro abstracto, chiquitin. Alfonsito solto una carcajada. –Pues esa eres tu –afirmo. Y, de pronto, se ruborizo hasta las orejas, como caldeado por una correntada solar–. Lo descubri esta mañana, madrastra. Pero ni aunque me mates te dire como. Le sobrevino otro ataque de risa y se dejo caer de bruces en la cama. Permanecio asi un buen rato, la cara hundida en la almohada, temblando por las carcajadas. «Que es lo que se ha metido en esta cabecita loca», murmuro dona Lucrecia, revolviendole los cabellos que eran finos como arenilla o polvo de arroz. «Algún mal pensamiento, bandido, cuando te has puesto colorado. » Habian pasado la noche juntos por primera vez, aprovechando uno de esos rapidos viajes de negocios por provincias que hacia don Rigoberto. Dona Lucrecia dio salida a todo el servicio la noche anterior, de modo que estaban solos en la casa. La vispera, luego de comer juntos y de ver la television esperando la partida de Justiniana y de la cocinera, subieron al dormitorio e hicieron el amor antes de dormir. Y lo habian hecho de nuevo al despertarse, hacia poco rato, con las primeras luces de la mañana. Detras de las persianas color chocolate, el dia crecia rapidamente. Habia ya ruido de gentes y autos en la calle. Pronto llegarían los criados. Dona Lucrecia se desperezo, sonolienta. Tomarian un desayuno abundante, con jugos de frutas y huevos revueltos. Al mediodia, ella y Alfonsito irian al aeropuerto a recoger a su marido. Nunca se lo habia dicho, pero ambos sabian que a don Rigoberto le encantaba divisarlos saludandolo con las manos en alto al bajar del avion y cada vez que **podian** le daban ese gusto. Entonces, ahora ya se lo que quiere decir un cuadro abstracto –reflexiono el nino, sin levantar la cara de la almohada–. .Un cuadro cochino! Ni me lo olia, madrastra. Dona Lucrecia se ladeo, se acerco a el. Apoyo la mejilla sobre su espalda tersa, sin una gota de grasa, con un brillo de escarcha, en la que apenas se insinuaba, como una diminuta cordillera, la columna vertebral.

Cerro los ojos y le parecio escuchar el lento movimiento de la sangre temprana bajo esa piel elastica. «Esta es la vida latiendo, la vida viviendo», penso, maravillada. Desde que hizo el amor con el nino por primera vez, habia perdido los escrúpulos y ese sentimiento de culpa que antes la mortificaba tanto. Ocurrio al dia siguiente del episodio de la carta y de sus amenazas de suicidio. Habia sido algo tan inesperado que, cuando dona Lucrecia lo recordaba, le parecia imposible, algo no vivido sino sonado o leido. Don Rigoberto acababa de encerrarse en el cuarto de bano para la ceremonia nocturna de la higiene y ella, en bata y camison de dormir, bajo a dar las buenas noches a Alfonsito, como se lo habia prometido. El nino salto de la cama a recibirla. Prendido de su cuello, le busco los labios y acaricio timidamente sus pechos, mientras ambos escuchaban, encima de sus cabezas, como una musica de fondo, a don Rigoberto tarareando la desafinada cancion de una zarzuela a la que hacia contrapunto el chorro de agua del lavador. Y, de pronto, dona Lucrecia sintio contra su cuerpo una presencia pugnaz, viril. Habia sido mas fuerte que su sentido del peligro, un arrebató incontenible. Se dejo resbalar sobre el lecho a

la vez que atraía contra sí al pequeño, sin brusquedad, como temiendo trizarlo.

Abriéndose la bata y apartando el camison, lo acomodó y guió, con mano impaciente. Lo había sentido afanarse, jadear, besarla, moverse, torpe y frágil como un animalito que aprende a andar. Lo había sentido, muy poco después, soltando un gemido, terminar. Cuando volvió al dormitorio, el aseo de don Rigoberto aun no había concluido. El corazón de dona Lucrecia era un tambor desbocado, un galope ciego. Se sentía asombrada de su temeridad y –le parecía mentira– ansiosa por abrazar a su marido. Su amor por él había aumentado. La figura del niño también estaba allí, en su memoria, enterneciéndola. ¿Era posible que hubiera hecho el amor con él y fuera a hacerlo ahora con el padre? Sí, lo era. No sentía remordimiento ni vergüenza. Tampoco se consideraba una cínica. Era como si el mundo se plegara a ella, docilmente. La poseía un incomprensible sentimiento de orgullo. «Esta noche he gozado más que ayer y que nunca», oyo decir a don Rigoberto, más tarde. «No tengo como agradecerle la dicha que me das.» «Yo tampoco, mi amor», susurro dona Lucrecia, temblando. Desde esa noche, tenía la certidumbre de que los encuentros clandestinos con el niño, de algún modo oscuro y retorcido, difícil de explicar, enriquecían su relación matrimonial, sobresaltándola y renovándola. Pero ¿qué clase de moral es esta, Lucrecia?, se preguntaba, asustada. ¿Cómo es posible que te hayas vuelto así, a tus años, de la noche a la mañana? No podía comprenderlo, pero tampoco se esforzaba por conseguirlo. Prefería abandonarse a esa contradictoria situación, en la que sus actos desafiaban y transgredían sus principios en pos de esa intensa exaltación riesgosa que se había vuelto para ella la felicidad. Una mañana, al abrir los ojos, se le ocurrió esta frase: «He conquistado la soberanía». Se sintió dichosa y emancipada, pero no hubiera podido precisar de qué. «Tal vez no tengo la impresión de estar haciendo algo malo porque Fonchito también la tiene», penso, rozando el cuerpo del niño con la yema de los dedos. «Para él es un juego, una travesura. Y eso es lo nuestro, nada más. No es mi amante. ¿Cómo podría serlo, a su edad?» ¿Qué era, entonces? Su amorcillo, se dijo. Su *spintria*. Era el niño que los pintores renacentistas añadían a las escenas de alcoba para que, en contraste con esa pureza, resultara más ardoroso el combate amoroso. «Gracias a ti, Rigoberto y yo nos queremos y gozamos más», penso, besándolo en el cuello con la orilla de los labios. –Te podría explicar por qué el cuadro ese es tu retrato, pero me da no sé qué – murmuró el niño, sepultado siempre contra las almohadas–. ¿Quieres que te lo explique, madrastra? –Sí, sí, por favor –dona Lucrecia examinaba devotamente las ventas sinuosas que se traslucían en ciertas partes de su piel, como unos riachuelos azules–. ¿Cómo puede ser mi retrato un cuadro en el que no hay figuras, sino formas geométricas y colores? El niño alzó la cara, burlón. –Piensa y verás. Acuérdate como es el cuadro y como eres tú. No te creo que no caigas. ¿Si es facilísimo! Adivina y te dare un premio, madrastra. –Solo esta mañana te diste cuenta de que ese cuadro era mi retrato? –pregunto dona Lucrecia, cada vez más intrigada. –Caliente, caliente –la aplaudió el niño–. Si sigues por ese camino, ahorita lo descubres. ¿Ay, qué vergüenza, madrastra!

Lanzo otra carcajada y volvió a esconderse entre las sabanas. En el alfeizar de la ventana, un pajarito se había puesto a piar. Era un sondeo estridente y jubiloso, que alanceaba la mañana y parecía celebrar el mundo, la vida. «Tienes razón de estar contento», pensó doña Lucrecia. «El mundo es hermoso y vale la pena vivir en él. Pío, pío.» –Es tu retrato secreto, pues –musito Alfonsito. Deletreaba cada palabra y hacía unas pausas misteriosas, buscando un efecto teatral–. De lo que nadie sabe ni ve de ti. Solo yo. Ah, y mi papa, por supuesto. Si no adivinas ahora, no adivinaras nunca, madrastra. Le sacó la lengua y le hizo una morisqueta, mientras la observaba con esa mirada azul líquido bajo cuya superficie cristalina, inocente, a doña Lucrecia le parecía a veces adivinar algo perverso, como esas bestias tentaculares que anidan en lo profundo de los paradisiacos océanos. Le ardieron las mejillas. ¿Estaba Fonchito realmente insinuando lo que ella acababa de presentir? O, más bien, ¿entendía el niño lo que significaba aquello que estaba sugiriendo? Sin duda solo a medias, de una manera informe, instintiva, que no llegaba a su razón. ¿Era la niñez esa amalgama de vicio y virtud, de santidad y pecado? Trató de recordar si ella, en un tiempo remoto, había sido, como Fonchito, limpia y sucia al mismo tiempo, pero no pudo. Volvió a descansar su mejilla contra la espalda leonada del niño y lo envidió. ¿Ah, quien pudiera actuar siempre con esa semiinconsciencia animal con la que él la acariciaba y la amaba, sin juzgarla ni juzgarse! «Espero que no sufras cuando crezcas, chiquitín», le deseó. –Creo que he adivinado –dijo, luego de un momento–. Pero no me atrevo a decírtelo, porque, en efecto, es una cochinada, Alfonsito. –Claro que lo es –asintió el niño, avergonzado. Se había vuelto a ruborizar–. Aunque lo sea, es la verdad, madrastra. Así eres tú también, no es mi culpa. Pero, ¿qué importa, ya que nunca lo sabrá nadie, ¿no es cierto? Y, sin transición, en uno de esos intempestivos cambios de tono y de tema en los que parecía subir o bajar muchos peldaños en la escalera de la edad, añadió: –No se estará haciendo tarde para ir al aeropuerto a recoger a mi papa? ¿Qué pena le dará si no llegamos. Lo que ocurría entre ellos no había alterado en lo más mínimo –por lo menos, ella no lo advertía– la relación de Alfonso con don Rigoberto; a doña Lucrecia le parecía que el niño quería a su padre igual y acaso más que antes, a juzgar por las muestras de cariño que le daba. Tampoco parecía experimentar ante él la menor incomodidad o mala conciencia. «Las cosas no pueden ser tan sencillas y salir todo tan bien», se dijo. Y, sin embargo, hasta ahora lo eran y salían a la perfección. ¿Cuanto más duraría esta armoniosa fantasía? Otra vez volvió a decirse que si actuaba con inteligencia y cautela nada vendría a trizar la ilusión encarnada que se había vuelto para ella la vida. Estaba segura, además, de que, si esta enrevesada situación se mantenía, don Rigoberto sería el dichoso beneficiario de su felicidad. Pero, como siempre que pensaba en esto, un presentimiento echó una sombra sobre esa utopía: las cosas solo ocurrían así en las películas y en las novelas, mujer. Se realista: tarde o temprano, acabaría mal. La realidad nunca era tan perfecta como las ficciones, Lucrecia. –No, todavía tenemos tiempo, mi amor. Faltan más de dos horas para la llegada del avión de Piura. Si es que no se atrasa. –Entonces, voy a dormirme un rato, que flojera tengo –bostezo el niño. Ladeándose, buscó el

calor del cuerpo de dona Lucrecia y recosto la cabeza en su hombro. Un momento despues, con voz apagada, ronroneo-: .Tu crees que si me saco el premio de excelencia a fin de ano, mi papa me comprara la moto que le pedi? – Si, te la comprara le contesto, estrechandolo con delicadeza y arrullandolo como a un recién nacido-. Si no te la compra el, lo hare yo, no te preocupes. Mientras Fonchito dormia, respirando pausadamente –ella podia sentir, como ecos en su cuerpo, los simetricos golpes de su corazon-, dona Lucrecia permanecio inmovil para no despertarlo, sumida en una quieta modorra. Semidisuelta, su mente vagabundeaba entre un curso de imagenes, pero, cada cierto tiempo, una de ellas cobraba fuerza y se fijaba con un halo insinuante en su conciencia: el cuadro de la sala. Lo que le habia dicho el nino la inquietaba un poco y la llenaba de misteriosa desazon, pues sugeria en esa fantasia infantil unas profundidades morbidas y una agudeza insospechadas. Mas tarde, luego de levantarse y desayunar, mientras Alfonsito se duchaba, bajo a la sala y estuvo contemplando el Szyszlo largo rato. Fue como si nunca lo hubiera visto antes, como si el cuadro, igual que una serpiente o una mariposa, hubiera mudado de apariencia y de ser. «Ese ninito es cosa seria», penso, turbada. .Que otras sorpresas esconderia esta cabecita de diosillo helenico? Esa noche, despues de haber recogido a don Rigoberto en el aeropuerto y de haberlo escuchado relatar su viaje, abrieron y celebraron los regalos que les traia a ella y al nino (lo hacia en cada viaje): natillas, chifles y dos sombreros de paja fina de Catacaos. Despues, cenaron los tres juntos, como una familia feliz. La pareja se retiro a la alcoba temprano. Las abluciones de don Rigoberto fueron mas breves que otras veces. Al reencontrarse en el lecho, los esposos se abrazaron apasionadamente, como despues de una larguissima separacion (en realidad, apenas tres dias y dos noches). Siempre era asi, desde el matrimonio. Pero, luego de los escarceos iniciales en la oscuridad, cuando, fiel a la liturgia nocturna, don Rigoberto murmuro ilusionado: «.No me preguntas quien soy?», escucho esta vez una respuesta que transgredia el pacto tacito: «No. Preguntamelo tu, mas bien». Hubo una pausa atonita, como el congelamiento de la escena de un film. Pero, unos segundos despues, don Rigoberto, hombre de ritos, comprendio e inquirio, ansioso: «,Quien, quien eres, cielo?». «La del cuadro de la sala, el cuadro abstracto», respondió ella. Hubo otra pausa, una risita entre irritada y defraudada, un largo silencio electrico. «No es momento para...», comenzo el a amonestarla. «No estoy bromeando», lo interrumpio dona Lucrecia, cerrandole la boca con los labios. «Soy esa y no se como no te diste cuenta todavia.» «Ayudame, mi amor», se animo el, reanimandose, moviendose. «Explicamelo. Quiero entender.» Ella se lo explico y el entendio. Mucho mas tarde, cuando, despues de haber conversado y reido, exhaustos y di-

chosos se disponian a descansar, don Rigoberto beso la mano de su mujer, conmo-
vido:

–Cuanto has cambiado, Lucrecia. Ahora no solo te quiero con toda mi alma. Tambien te admiro. Estoy seguro que todavia aprendere mucho de ti.

–A los cuarenta, se aprenden muchas cosas –sentencio ella, acarinandolo–. A ratos,

Rigoberto, ahora por ejemplo, me parece que estoy naciendo de nuevo. Y que nunca he de morir.

.Era eso la soberania?

Laberinto de amor

Al principio, no me veras ni entenderas pero tienes que tener paciencia y mirar. Con perseverancia y sin prejuicios, con libertad y con deseo, mirar. Con la fantasia desplegada y el sexo predispuesto –de preferencia, en ristre– mirar. Alli se entra como la novicia al convento de clausura o el amante a la gruta de la amada: resueltamente, sin calculos mezquinos, dandolo todo, exigiendo nada y, en el alma, la seguridad de que aquello es para siempre. Solo con esa condicion, poquito a poco la superficie de oscuros morados y violetas comenzara a moverse, a tornasolarse, a revestirse de sentido y a desplegarse como lo que, en verdad, es: un laberinto de amor. La figura geometrica de la franja central, en la mitad misma del cuadro, esa silueta plana de paquidermo de tres patas es un altar, un ara, o, si tienes el espiritu alergico al simbolismo religioso, un decorado teatral.

Acaba de oficiarse una ceremonia excitante, de reverberaciones deliciosas y crueles y lo que ves son sus vestigios y sus consecuencias. Lo se porque he sido la dichosa victima; tambien, la inspiradora, la actriz. Esas manchas de rubor en las patas del diluviano ser son mi sangre y tu esperma manando y helandose. Si, vida mia, aquello que yace sobre la piedra ceremonial (o, si prefieres, el decorado prehispanico), esa hechura viscosa de llagas malvas y tenues membranas, de negras oquedades y glandulas que supuran grises, soy yo misma. Entiendeme: yo, vista de adentro y de abajo, cuando tu me calcinas y me exprimes. Yo, erupcionando y derramandome bajo tu atenta mirada libertina de varon que oficio con eficiencia y, ahora, contempla y filosofa. Porque tu estas alli tambien, carisimo. Mirandome como autopsiandome, ojos que miran para ver y mente alerta de alquimista que elucubra las recetas fosforescentes del placer. El de la izquierda, erecto en el compartimento de visos marrones, el de las medialunas sarracenas en la crisma, engalanado de un manto de plumas vivas, metamorfoseado en totem, el de los espolones y el plumon bermejo, ese de espaldas que me observa, .quien podria ser sino tu? Acabas de incorporarte y mudarte en miron. Hace un instante estabas ciego y de hinojos entre mis muslos, encendiendo mis fuegos como un sirviente

abyecto y diligente. Ahora, gozas mirandome gozar y reflexionas. Ahora sabes como soy. Ahora te gustaria disolverme en una teoria. .Somos impudicos? Somos totales y libres, mas bien, y terrenales a mas no poder. Nos han quitado la epidermis y ablandado los huesos, descubierto nuestras visceras y cartilagos, expuesto a la luz todo lo que, en la misa o representacion amorosa que concelebramos, comparecio, crecio, sudo y excreto. Nos han dejado sin secretos, mi amor. Esa soy yo, esclavo y amo, tu ofrenda. Abierta en canal como una tortola por el cuchillo del amor. Rajada y latiendo, yo. Lenta masturbacion, yo. Chorro de almibar, yo. Dedalo y sensacion, yo. Ovario magico, semen, sangre y rocio del amanecer: yo. Esa es mi cara para ti, a la hora de los sentidos. Esa soy yo cuando, por ti, me saco la piel de diario y de dias feriados. Esa sera mi alma, tal vez. Tuya de ti. Se ha suspendido el tiempo, por supuesto. Alli no envejeceremos ni moriremos. Eternamente gozaremos en esa media luz de crepusculo que ya estupra la noche, alumbrados por una luna que nuestra embriaguez triplico. La luna real es la del centro, retinta como ala de cuervo; las que la escoltan, color del vino turbio, ficcion. Han sido abolidos tambien los sentimientos altruistas, la metafisica y la historia, el racionamiento neutro, los impulsos y obras de bien, la solidaridad hacia la especie, el idealismo civico, la simpatia por el congenere; han sido borrados todos los humanos que no seamos tu y yo. Ha desaparecido todo lo que hubiera podido distraernos o empobrecernos a la hora del egoismo supremo que es la del amor. Aqui, nada nos frena ni inhibe, como al monstruo y al dios. Este aposento triadico –tres patas, tres lunas, tres espacios, tres ventanillas y tres colores dominantes– es la patria del instinto puro y de la imaginacion que lo sirve, asi como tu lengua serpentina y tu dulce saliva me han servido a mi y se han servido de mi. Hemos perdido el apellido y el nombre, la faz y el pelo, la respetable apariencia y los derechos civiles. Pero hemos ganado magia, misterio y fruicion corporal. Eramos una mujer y un hombre y ahora somos eyaculacion, orgasmo y una idea fija. Nos hemos vuelto sagrados y obsesivos. Nuestro conocimiento reciproco es total. Tu eres yo y tu, y tu soy yo y tu. Algo tan perfecto y sencillo como una golondrina o la ley de la gravedad. La perversidad viciosa –para decirlo con palabras en las que no creemos y que ambos despreciamos– esta representada, por esos tres miradores exhibicionistas del angulo superior izquierdo. Son nuestros ojos, la contemplacion que practicamos con tanto afan –como tu ahora–, el desnudamiento esencial que cada cual exige del otro en la fiesta del amor y esa fusion que solo puede expresarse adecuadamente traumatizando la sintaxis: yo te me entrego, me te masturbas, chupatememonos. Ahora, deja de mirar. Ahora, cierra los ojos. Ahora, sin abrirlos, mirame y mirate tal como nos representaron en ese cuadro que tantos miran y tan pocos ven. Ahora ya sabes que, aun antes de que nos conocieramos, nos amaramos y nos casaramos, alguien, pincel en mano, anticipo en que horrenda gloria nos convertiria, cada dia y cada noche de manana, la felicidad que supimos inventar.

Las malas palabras

–No esta la madrastra? –pregunto Fonchito, decepcionado. –Ya no tardara – repuso don Rigoberto, cerrando apresuradamente *The Nude*, de sir Kenneth Clark, que tenia sobre las rodillas. Con brusco sobresalto, retornaba a Lima, a su casa, a su escritorio, desde los vapores humedos y femeninos del atestado *Bano turco* del pintor Ingres, en el que habia estado inmerso–. Ha ido a jugar bridge con sus amigas. Pasa, pasa Fonchito. Conversemos un rato. El nino le sonrio, asintiendo. Entro y se sento a la orilla del gran comfortable ingles de cuero aceitunado, bajo los veintitres tomos empastados de la coleccion «*Les maitres de l'amour*», dirigida y prologada por Guillaume Apollinaire. –Cuéntame del Santa Maria –lo animo su padre, a la vez que, disimulando el libro con su cuerpo, iba a devolverlo al estante con vidriera y cerrojo donde guardaba sus tesoros eroticos–. .Van bien las clases? .No tienes dificultades con el ingles? Las clases iban muy bien y los profesores eran buenisimos, papi. Entendia todo y mantenia largas conversaciones en ingles con el padre MackKey; estaba seguro de que este ano terminaria tambien con el primer puesto de la clase. Le darian el premio de excelencia, tal vez. Don Rigoberto le sonrio, satisfecho. La verdad, este chiquito no hacia mas que darle alegrias. Un modelo de hijo; buen alumno, docil, carinoso. Se habia sacado la suerte con el. –.Quieres una Coca-cola? –le pregunto. Se acababa de servir dos dedos de whisky y manipulaba la hielera. Alcanzo a Alfonso su vaso y se sento a su lado–. Tengo que decirte algo, hijito. Estoy muy contento contigo y puedes contar con la moto que me pediste. La tendras la semana proxima. Al nino se le iluminaron los ojos. Una ancha sonrisa alborozo su cara. –.Gracias, papito! –Lo abrazo y lo beso en la mejilla.– .La moto que tanto queria! .Que maravilla, papi! Don Rigoberto se lo saco de encima, riendo. Le acomodo los revueltos cabellos, en una discreta caricia. –Tienes que agradecersele a Lucrecia –anadio–. Ella ha insistido para que te compre la moto ahora mismo, sin esperar los examenes. –Ya lo sabia – exclamo el nino–. Ella es buenisima conmigo. Mas buena todavia, creo, de lo que era mi mama. –Es que tu madrastra te quiere mucho, chiquitin. –Y yo tambien a ella –afirmo el nino, al instante, con vehemencia–. .Como no la voy a querer si es la mejor madrastra que hay en el mundo, pues ! Don Rigoberto bebio y paladeo: un agradable fuego le recorrio la lengua, la garganta y ahora descendia entre sus costillas. «Amable lava», improviso. .A quien habia salido tan bonito su hijo? Su cara parecia circundada por un halo radiante y rebosaba frescura y salud. No a el, ciertamente. Tampoco a su madre, porque Eloisa, aunque atractiva y de buen ver, jamas tuvo esa finura de rasgos, ni unos ojos tan claros ni una transparencia de piel semejante ni esos rizos de oro tan puro. Un querubin, un pimpollo, un arcangel de estampita de primera comunión. Seria mejor, para el, que de grande se afeara un poco: a las mujeres no les gustaban los hombres con cara de munequito. –No sabes que alegria me da que te lleves tan bien con Lucrecia –anadio, luego de un momento–. Era algo que me asustaba mucho cuando nos casamos, ahora te lo puedo decir. Que ustedes no congeniaran, que tu no la aceptaras. Hubiera sido una gran desgracia para los tres. Lucrecia tambien tenia mucho miedo. Ahora, cuando veo lo bien que se llevan, me rio de esos miedos. Si ustedes se quieren tanto que, a ratos, hasta celos tengo, pues me parece que tu madrastra te quiere

mas que a mi y que tu tambien la prefieres a ella que a tu padre. Alfonso se rio a carcajadas, palmoteando, y don Rigoberto lo imito, divertido con la explosion de buen humor de su hijo. Un gato maulló a lo lejos. Paso un automovil por la calle con la radio a todo volumen y durante unos segundos se oyeron las trompetas y maracas de una melodia tropical. Luego, surgió la voz de Justiniana, canturreando en el repostero, mientras accionaba la lavadora. – .Que quiere decir orgasmo, papa? –pregunto de pronto el niño. A don Rigoberto le sobrevino un acceso de tos. Carraspeo, mientras reflexionaba: .que debía responder? Procuero adoptar una expresion natural y se mantuvo sin sonreír. – Bueno, no es una mala palabra –aclaró, prudentemente–. Desde luego que no. Se relaciona con la vida sexual, con el placer. Podria decirse, tal vez, que es la culminacion del goce fisico. Algo que no solo experimentan los hombres, tambien muchas especies de animales. Ya te hablaran de eso, en el curso de biologia, seguramente. Pero, sobre todo, no pienses que es una lisura. .Donde te encontraste con esa palabra, chiquitin? –Se la escuche a mi madrastra –dijo Fonchito. Con una expresion muy picara, se llevo un dedo a los labios en signo de complicidad–. Me hice el que sabia lo que era. No le vayas a decir que tu me la explicaste, papi. –No, no se lo dire –murmuro don Rigoberto. Tomo otro sorbo de whisky y escudrino a Alfonso, intrigado. .Que habia en esa rubicunda cabecita, detras de esa frente tersa? Vaya usted a saberlo. .No decian que el alma de un niño era un pozo insondable? Penso: «No debo averiguar nada mas». Penso: «Debo cambiar de conversacion». Pero el morbo de la curiosidad o la atraccion instintiva del peligro fue mas fuerte, y, como quien no quiere la cosa, pregunto–: .Le oiste esa palabrita a tu madrastra? .Estas seguro? El niño asintio varias veces, con la misma expresion entre risuena y picara. Tenia las mejillas arreboladas y en sus ojos refulgia la gracia. –Me dijo que habia tenido un orgasmo riquisimo –explico, con cantarina voz de ruisenor. Esta vez, a don Rigoberto el whisky se le escapo de las manos; paralizado por la sorpresa, vio rodar el vaso sobre la alfombra de arabescos plumizos del estudio. El niño se precipito a recogerlo. Se lo devolvio, murmurando: –Menos mal que estaba casi vacio. .Quieres que te sirva otro, papi? Ya se como te gusta, he visto como lo hace mi madrastra. Don Rigoberto dijo que no con la cabeza. .Habia oido bien? Si, por supuesto: para eso tenia las orejas grandes. Para oír bien las cosas. Su cerebro habia comenzado a crepitar como una hoguera. Esta conversacion habia ido demasiado lejos y era preciso cortarla de una vez y para siempre, so pena de algun imponderable gravisimo. Por un instante, tuvo la vision de un hermoso castillo de naipes que se desbarataba. Tenia una lucidez total sobre lo que debía hacer. Basta, se acabo, hablemos de otra cosa. Pero tambien esta vez el canto de las sirenas de los abismos fue mas poderoso que su razon y que su sensatez. –Que invenciones son esas, Foncho –hablaba muy despacio pero, aun asi, su voz temblaba–. Como vas a haberlo oido a tu madrastra semejante cosa. No puede ser, hijito. El niño protesto, airado, con una mano en alto.

–Claro que si, papi. Por supuesto que se la oi. Si me la dijo a mi, pues. Ayer nomas, en la tarde. Te doy mi palabra. .Por que te iba a mentir? .Te he mentido nunca, yo?.

–No, no, tienes razon. Tu siempre dices la verdad.

No podia controlar la incomodidad que habia tomado posesion de el como una fie-

bre. El malestar era un moscardon estúpido, se daba encontrones contra su cara,

sus brazos, y el no podia abatirlo ni esquivarlo. Se puso de pie y, caminando despacio, fue a servirse otro trago de whisky, cosa mas bien insolita, pues nunca

bebía mas de una copa antes de la cena. Cuando regreso a su asiento, se dio con

los ojos glaucos de Fonchito: seguian sus evoluciones por el estudio con la dulzura

de costumbre. Le sonrieron y, haciendo un esfuerzo, tambien le sonrio.

«Ejem, ejem», carraspeo don Rigoberto, luego de unos segundos de ominoso silencio. No sabia que decir. .Seria posible que Lucrecia le hiciera confianzas de

esa indole, que le hablara al nino de lo que hacian ellos por las noches? Desde luego que no, que tonteria. Eran fantasias de Fonchito, algo muy tipico de su edad:

descubria la malicia, a floraba la curiosidad sexual, la libido naciente le sugería fantasias a fin de provocar conversaciones sobre el fascinante tabu. Lo mejor, olvidar todo aquello y disolver el mal momento con banalidades.

–,No tienes tareas para mañana? –pregunto.

–Ya las hice –contesto el nino–. Solo tenia una, papi. Composicion de tema libre.

–.Ah, si? –insistio don Rigoberto–. .Y que tema escogiste?

Al nino se le volvio a encender la cara con una alegria candorosa y don Rigoberto

repentinamente sintio un miedo cerval. .Que pasaba? .Que iba a pasar?

–Sobre ella, pues, papi, sobre quien iba a ser –palmoteaba Fonchito–. Le he puesto

como titulo: «Elogio de la madrastra». .Que te parece?

–Muy bien, es un buen titulo –contesto don Rigoberto. Y casi sin pensarlo, con una

risotada falsa, anadio–: Parece el de una novelita erotica.

–,Que quiere decir erotica? –averiguo el nino, muy serio.

–Relativo al amor fisico –lo ilustró don Rigoberto. Bebía de su vaso, a sorbitos, sin

darse cuenta–. Ciertas palabras, como esta, solo cobran su sentido con el tiempo,

gracias a la experiencia, algo que importa mas que las definiciones. Todo eso vendra poco a poco; no hay ninguna razon para que te apresures, Fonchito.

-Como tu digas, papi -asintio el nino, abriendo y cerrando los ojos: sus pestañas

eran enormes y sombreaban sus parpados con una irisación violacea.

-.Sabes que me gustaria leer ese «Elogio de la madrastra»?

-Claro, papacito -se entusiasmo el nino. Se puso de pie de un salto y echo a correr-. Asi, si hay una falta, me la corriges.

En los pocos minutos que tardo Fonchito en volver, don Rigoberto sintio que el malestar crecia. .Demasiado whisky, tal vez? No, que ocurrencia. .Indicaba esa opresion en las sienes que caeria enfermo? En la oficina, habia varios griposos. No,

no era eso. .Que, entonces? Recuerdo aquella frase de Fausto que lo habia conmovido tanto de muchacho: «Amo al que desea lo imposible». El hubiera

querido que fuera su divisa en la vida, y, en cierta forma, aunque de manera secreta, alentaba la sensacion de haber alcanzado aquel ideal. .Por que tenia ahora la angustiada premonicion de que un abismo se abria a sus pies? .Que clase de peligro lo amenazaba? .Como? .Donde? Penso: «Es absolutamente imposible que Fonchito haya oido decir a Lucrecia "Tuve un orgasmo riquisimo"». Le sobrevino un ataque de risa y se rio, pero sin la menor alegria, haciendo una mueca lastimosa que le devolvio el cristal del estante libidinoso. Ahi estaba Alfonso. Tenia un cuaderno en la mano. Se lo alcanzo sin decirle nada, mirandolo fijamente a *los ojos*, con esa mirada azul tan sosegada y tan ingenua que, como decia Lucrecia, «hacia sentirse sucia a la gente». Don Rigoberto se calzo los lentes y encendio la lampara de pie. Comenzo a leer en voz alta los claros caracteres calografiados en tinta negra, pero a la mitad de la primera frase enmudecio. Siguió leyendo en silencio, moviendo levemente los labios y pestaneando con frecuencia. Pronto, sus labios dejaron de moverse. Se le fueron abriendo, descolgando, hasta imponer a su cara una expresion alelada y estúpida. Una hebra de saliva se descolgo de entre sus dientes y mancho las solapas de su saco pero el no parecio notarlo pues no se limpio. *Sus ojos* se movian de izquierda a derecha, a veces rapido, a veces despacio, y por momentos retrocedian, como si no hubieran entendido bien o como si no pudiesen aceptar que aquello que habian leido estaba efectivamente escrito alli. Ni una sola vez, mientras duro la lenta, infinita lectura, se apartaron los ojos de don Rigoberto del cuaderno para mirar al nino, quien, sin duda, continuaba alli, en el mismo sitio, espiando sus reacciones, aguardando que terminara de leer y dijera e hiciera lo que debia decir y hacer. .Que debia decir? .Que debia hacer? Don Rigoberto sintio que tenia las manos empapadas. Unas, gotas de sudor resbalaron de su frente al cuaderno y extendieron la tinta en unos manchones amorfos. Tragando saliva, atino a pensar: «Amar lo imposible tiene un precio que tarde o temprano se paga». Hizo un esfuerzo supremo 'y cerro el cuaderno y miro. Si, ahi estaba Fonchito, observandolo con su bella cara beatifica. «Asi debia ser Luzbel», penso, mientras se llevaba a la boca el vaso vacio, en busca de un trago. Por el tintineo del cristal contra sus dientes advirtio que el temblor de su mano era muy fuerte. -.Que significa esto, Alfonso? -balbuceo. Le dolian las muelas, la lengua, la mandibula. No

reconocía su propia voz. –Que cosa, papi? Lo miraba como si no entendiera que le ocurría. –Que significan estas.., fantasías –tartamudeo, desde la espantosa confusión que le atenazaba el alma–. .Te has vuelto loco, chiquito? .Como has podido inventar unas suciedades tan indecentes? Se callo porque no sabía que más decir y se sentía disgustado y sorprendido por lo que había dicho. La carita del niño se fue apagando, entristeciendo. Lo miraba sin comprender, con algo de dolor en las pupilas y también de desconcierto, pero sin sombra de miedo. Por fin, luego de unos segundos, don Rigoberto le oyo decir lo que, en medio del horror que helaba su corazón, estaba esperando que dijera: –Pero que invenciones, papi. Si todo lo que cuento es verdad, si todo eso paso así, pues. En ese momento, con una sincronización que imagino decidida por la fatalidad o por los dioses, don Rigoberto oyo que se abría la puerta de calle y escucho la melodiosa voz de Lucrecia dando las buenas noches al mayordomo. Alcanzo a pensar que el rico y original mundo nocturno de sueño y deseos en libertad que con tanto empeño había erigido acababa de reventar como una burbuja de jabón. Y, subitamente, su maltratada fantasía deseo, con desesperación, transmutarse: era un ser solitario, casto, desasido de apetitos, a salvo de todos los demonios de la carne y el sexo. Si, si, ese era él. El anacoreta, el santón, el monje, el ángel, el arcángel que sopla la celeste trompeta y baja al huerto a traer la buena noticia a las santas muchachas. –Hola, hola, caballero y caballero –canto desde el umbral del escritorio dona Lucrecia. Su nivea mano lanzo al padre y al hijo unos besos volados.

El joven Rosado

La calor del mediodía me adormeció y no lo sentí llegar. Pero abrí los ojos y estaba allí, a mis pies, en medio de una luz rosada. .Estaba allí, en verdad? Si, no lo sone. Debí de entrar por la puerta de atrás, que mis padres dejarían abierta, o acaso saltando la verja del huerto, una verja que cualquier muchacho salva sin esfuerzo. .Quién era? No lo sé, pero, estoy segura, estuvo aquí, en este mismo corredor, arrodillado a mis pies. Lo vi y lo oí. Acaba de irse. .O debería decir mejor disolverse? Si: arrodillado a mis pies. No sé por qué se arrodillo, pero no lo hacía burlándose de mí. Desde el principio me trató con tanta dulzura y reverencia, y mostro tanto respeto y humildad que la zozobra que me invadió al ver, tan cerca, a un extraño, se evaporó como el rocío con el sol. .Como es posible que no sintiera aprensión estando a solas con un forastero? .Con alguien que, además, entro quien sabe como al huerto de mi hogar? No lo comprendo. Pero todo el tiempo que el joven estuvo aquí,

hablandome como se habla a una mujer importante y no la modesta muchacha que soy, me senti mas protegida que rodeada de mis padres o que en el Templo, los sabados. .Que hermoso era! No deberia decirlo asi, pero lo cierto es que nunca habia visto a un ser tan armonioso y suave, de formas tan perfectas y voz tan sutil. Apenas si podia mirarlo; cada vez que mis ojos se posaban en sus tiernas mejillas, en su limpia frente o en las largas pestañas de sus grandes ojos llenos de bondad y de sabiduria, sentia en mi cara un amanecer caluroso. .Eso sera, magnificado a todo el cuerpo, lo que sienten las muchachas cuando se enamoran? .Esa calor que no viene de afuera, sino de adentro del cuerpo, del fondo del corazon? Mis amigas del pueblo hablan de eso a menudo, yo lo se, pero cuando me acerco a ellas se callan pues saben que soy muy timida y que ciertos temas –ese, por ejemplo, el amor– me confunden tanto que mi cara se pone color grana y empiezo a tartamudear. .Es malo ser asi? Esther dice que, por apocada y vergonzosa, nunca sabre que es el amor. Y Deborah trata siempre de animarme: «Tienes que ser mas audaz o tu vida sera triste». Pero el joven Rosado decia que yo soy la elegida, que, entre todas las mujeres, me han senalado a mi. .Quien? .Para que? .Por que? .Que cosa buena o mala he hecho para que alguien me prefiera? Yo se muy bien lo poco que valgo. En la aldea hay muchachas mas lindas y hacendosas, mas fuertes, mas ilustradas, mas valientes. .Por que me elegirian, pues, a mi? .Por ser mas reservada y asustadiza? .Por mi paciencia? .Por llevarme bien con todo el mundo? .Por el carino con que ordeno a nuestra cabrita y la alegria que me causan los quehaceres simples de cada dia, como asear la casa, regar el huerto y preparar la comida de mis padres? No creo tener mas meritos que esos, si es que lo son, y no defectos. Deborah me dijo aquella vez: «Tu careces de aspiraciones, Maria». Tal vez sea cierto. Que voy a hacer si asi naci: me gusta la vida y el mundo me parece bello tal como es. Por eso diran que soy simple. Sin duda lo soy, pues siempre he evitado las complicaciones. Pero algunos anhelos si tengo. Me gustaria que mi cabrita no se muriera nunca, por ejemplo. Cuando me lame la mano pienso que un dia se morira y entonces se me empuna el corazon. No es bueno sufrir. Me gustaria, tambien, que nadie sufra. El joven decia cosas absurdas, pero de manera tan melodiosa y candida que no me atrevi a reirme. Que me bendecirian, a mi y al fruto de mi vientre. Eso decia. .Seria un mago, tal vez? .Estaria con esas palabras formulando un conjuro a favor o en contra de algo, de alguien? No supe preguntarselo. A sus palabras solo atine a balbucear lo que contesto cuando mis padres me aleccionan o reprenden: «Esta bien, hare lo que me corresponda, señor». Y me cubri el vientre con las manos, asustada. .El «fruto de mi vientre» querra decir que tendre un hijo? Que dichosa me sentiria. Ojala fuera un varon tan dulce y misterioso como el joven que vino a verme. No se si alegrarme o apenarme por esa visita. Presiento que a partir de ella cambiara mi vida. .De que manera? .Sera para mi bien o mi desgracia? .Por que, en medio del regocijo que me causa recordar las dulces palabras de ese joven, siento, de pronto, miedo, como si se abriera subitamente la tierra y divisara a mis pies un abismo erizado de monstruos espantosos al que me quieren obligar a saltar? Dijo cosas bonitas, que sonaban muy lindo, pero dificiles de comprender. «Destino

extraordinario, destino sobrenatural», entre otras. .A que se referia? Mi manera de ser me predispone mas bien a lo ordinario, a lo comun. Todo lo que destaca o desentona, cualquier gesto o accion que violente la costumbre o la normalidad, me inhibe y desarma. Cuando alguien, en mi delante, se excede y hace el ridiculo, se me inflama la cara y padezco por el. Solo me siento comoda cuando advierto que los demas no me notan. «Maria es tan discreta que parece invisible», juega conmigo Raquel, mi vecina. A mi me gusta oirse lo decir. Es cierto: para mi, pasar desapercibida es ser feliz. Pero eso no significa que carezca de sueños y de sentimientos. Solo que nunca me he sentido atraida por lo extraordinario. Mis amigas me dejan asombrada cuando las oigo quisieran viajar, tener muchos siervos, desposar a un rey. A mi esas fantasias me intimidan. .Que haria yo en otras tierras, entre gentes distintas a las mias, oyendo otros idiomas? Y que lamentable reina seria yo, que pierdo la voz y me tiemblan las manos cuando hay algun desconocido oyendome. Lo que le pido a la vida es un marido honrado, unos hijos sanos y una existencia tranquila, sin hambre y sin miedo. .Que quiso decir el joven con «destino extraordinario, sobrenatural»? Mi timidez me impidio responderle lo que debi: «Yo no estoy preparada para eso, yo no soy esa de la que habla usted. Vaya donde la bella Deborah, mas bien, o donde Judith, que es tan resuelta, o a casa de Raquel, la inteligente. .Como puede usted anunciarme a mi que sere reina de los hombres? .Como decir que me rezaran en todas las lenguas y que mi nombre cruzara los siglos como los astros el cielo? Usted se equivoco de muchacha y de casa, señor. Yo soy muy poca cosa para esas grandezas. Yo casi no existo». Antes de irse, el joven se inclino y beso el ruedo de mi tunica. Un segundo, vi su espalda: habia en ella un arco iris, como si se hubieran posado alli las alas de una mariposa. Ahora se ha ido y me ha dejado la cabeza llena de dudas. .Por que me trato de senora si aun soy soltera? .Por que me llamo reina? .Por que descubri un brillo de lagrimas en sus ojos cuando me vaticino que sufriria? .Por que me llamo madre si soy virgen? .Que esta sucediendo? .Que va a ser de mi a partir de esta visita?

Epilogo

–.Nunca tienes remordimientos, Fonchito? –pregunto Justiniana, de pronto. Iba recogiendo y doblando sobre una silla la ropa que el nino se quitaba de cualquier manera, lanzandosela luego con pases de basquet. –
 ,Remordimientos? –se asombro la cristalina voz–. .Y de que, Justita? Ella, agachada para coger un par de medias de rombos verdes y granates, lo espio a traves del espejo de la comoda: Alfonso acababa de sentarse al filo de la cama y se ponía el pantalon del pijama, encogiendolo y estirando las piernas. Justiniana vio asomar sus pies blancos y esbeltos, de talones rosados, los vio mover los diez dedos como haciendo ejercicios. Por fin, su mirada encontro la del nino, quien al instante le sonrio. –No me pongas esa cara de mosquita muerta, Foncho –dijo, incorporandose. Se sobo las caderas y suspiro,

observando al niño perpleja. Sentía que, una vez más, iba a vencerla la rabia—. Yo no soy ella. A mí, con esa carita de niño santo no me compras ni me enganas. Dime la verdad, por una vez. ¿No tienes remordimientos? ¿Ni uno solo? Alfonso lanzó una carcajada, abriendo los brazos, y se dejó caer de espaldas en la cama. Pataleo, con las piernas levantadas, disparando y recibiendo la imaginaria pelota. Su risa era fuerte y elocuente y Justiniana no descubrió en ella ni una sombra de burla o de mala intención. «Miechica», penso, «quien entiende a este mocoso». —Te juro por Dios que no se de que me estas hablando —exclamó el niño, sentándose. Puso con convicción sus dedos cruzados—. ¿O me estas haciendo una adivinanza, Justita? —Metete en la cama de una vez que te puedes resfriar. No tengo ninguna gana de cuidarte. Alfonso la obedeció en el acto. Saltó, levantó las sábanas, se deslizó entre ellas agilmente y se acomodó la almohada bajo la espalda. Luego, se quedó mirando a la muchacha de una manera mimosa y consentida, como si fuera a recibir un premio. Los cabellos le cubrían la frente y sus grandes ojos azules fosforeaban en la semipenumbra en que se hallaban, pues la luz de la lámparilla se detenía en sus mejillas. Tenía la boca sin labios entreabierta luciendo la blanquísima hilera de dientes que se acababa de cepillar. —Te estoy hablando de doña Lucrecia, diablito, y lo sabes muy bien, así que no te hagas —dijo ella—. ¿No te da pena lo que le hiciste? —Ah, era de ella —exclamó el niño, decepcionado, como si el tema resultara demasiado obvio y aburrido para él. Se encogió de hombros y no vaciló lo más mínimo al añadir—. ¿Por qué me daría pena? Si hubiera sido mi mamá, me habría dado. ¿Acaso lo era? No había rencor ni cólera cuando hablaba de ella en su tono ni en su expresión: pero esa indiferencia era lo que, precisamente, irritaba a Justiniana. —Hiciste que tu papá la botara de esta casa como un perro —susurro, apagada, tristonera, sin volver la cabeza hacia él, los *ojos fijos* en el entarimado lustroso—. Le mentiste primero a ella y después a él. Hiciste que se separaran, cuando eran tan felices. Por tu culpa, ella debe ser ahora la mujer más desgraciada del mundo. Y don Rigoberto también, desde que se separó de tu madrastra parece un alma en pena. ¿No te das cuenta como le han caído encima los años en unos pocos días? ¿Tampoco eso te da remordimientos? Y se ha vuelto un beato y un cucufato como no he visto. Los hombres se vuelven así cuando sienten que van a morir. ¿Y todo por tu culpa, bandido! Se volvió hacia el niño, asustada, pensando que había dicho más de lo prudente. Desde lo ocurrido, ya no se fiaba de nada ni de nadie en esta casa. La cabeza de Fonchito se había adelantado hacia ella y el cono dorado de la lámparilla la circundaba igual que una corona. Su sorpresa parecía ilimitada. —Pero, si yo no hice nada, Justita —tartamudeó, pestaneando, y ella vio que la manzana de Adán subía y bajaba por su cuello como un animalito nervioso—. Yo nunca he mentido a nadie y menos a mi papá. Justiniana sintió que le ardía la cara. —Le mentiste a todo el mundo, Foncho! —alzó la voz. Pero se calló, tapándose la boca, pues en ese instante se oyó, arriba, correr el agua del lavador. Don Rigoberto había empezado sus abluciones nocturnas, las que, desde la partida de doña Lucrecia, eran mucho más breves. Ahora se acostaba siempre temprano y ya no se le oía tarareando zarzuelas mientras se aseaba. Cuando Justiniana volvió

a hablar lo hizo bajito, sermoneando al niño con su dedo índice-. y me mentiste a mi también, por supuesto. Cuando pienso que me trague el cuento de que te ibas a matar porque dona Lucrecia no te quería. Ahora sí, bruscamente, la cara del niño se indignó. –No era mentira –dijo, cogiéndola de un brazo y sacudiéndola-. Era cierto, era tal cual. Si mi madrastra me seguía tratando como en esos días, me hubiera matado. .Te lo juro que me hubiera, Justita! La muchacha le retiró el brazo de mal modo y se apartó de la cama. – No jures en vano que Dios te puede castigar –murmuro. Fue a la ventana y, al correr las cortinas, advirtió que en el cielo destellaban unas cuantas estrellas. Se quedó mirándolas, sorprendida. Qué raro ver esas lucecitas titilantes en vez de la neblina acostumbrada. Cuando se dio vuelta, el niño había cogido el libro que tenía en el velador y, acomodándose la almohada, se disponía a leer. De nuevo se lo notaba tranquilo y contento, en paz con su conciencia y con el mundo. –Por lo menos dime una cosa, Fonchito. Arriba, el agua del lavador corría con un murmullo constante e idéntico, y en el techo dos gatos maullaban, peleando o fornicando. –.Qué, Justita? –,Lo planeaste todo desde el principio? La pantomima de que la querías tanto, eso de subirte al techo a espiarla cuando se bañaba, la carta amenazando con matarte. .Hiciste todo eso de mentiras? .Solo para que ella te quisiera y después poder ir a acusarle a tu papa que te estaba corrompiendo? El niño colocó el libro en el velador, señalando la página con un lápiz. Una mueca ofendida desarmó su cara. –.Yo nunca dije que ella me estaba corrompiendo, Justita! –exclamo, escandalizado, azotando el aire con una de sus manos-. Eso te lo estás inventando tú, no me hagas trampas. Fue mi papa el que dijo que me estaba corrompiendo. Yo solo escribí esa composición, contando lo que hacíamos. La verdad, pues. No mentí en nada. Yo no tengo la culpa de que ella se la botara. A lo mejor lo que él dijo era cierto. A lo mejor ella me estaba corrompiendo. Si mi papa lo dijo, así será. .Por qué te preocupas tanto por eso? .Preferirías haberte ido con ella que quedarte en esta casa? Justiniana apoyó la espalda en el estante donde Alfonso tenía sus libros de aventuras, los gallardetes y diplomas y las fotos de colegio. Entreceró los ojos y pensó: «Tendría que haberme ido hace rato, es verdad». Desde la partida de dona Lucrecia tenía el presentimiento de que también a ella la acechaba un peligro aquí y vivía sobre ascuas, con la permanente sensación de que si se descuidaba un instante caería también en una emboscada de la que saldría peor que la madrastra. Había sido una imprudencia encarar al niño de ese modo. No lo haría nunca más porque Fonchito, aunque lo fuera en edad, no era un niño, sino alguien con más manas y retorcimientos que todos los viejos que ella conocía. Y, sin embargo, sin embargo, mirando esa carita dulce, esas facciones de munequito, quien se lo hubiera creído. –.Estas enojada conmigo por algo? –lo oyo decir, compungido. Mejor no provocarlo más; mejor, hacer las paces. –No, no lo estoy –respondió, avanzando hacia la puerta-. No leas mucho que mañana tienes colegio. Buenas noches. –Justita. Se volvió a mirarlo ya con una mano en la perilla. –.Qué quieres? –No te enojés conmigo, por favor. –Le imploraba con los ojos y con las largas pestañas batientes; le rogaba con la boquita fruncida en un semipuchero y con los hoyuelos de las mejillas latiendo-. Yo a ti te quiero mucho. Pero tú, en cambio, me odias .no,

Justita? Hablaba como si fuera a romper en llanto. –No te odio, zonzo, como te voy a odiar. Arriba, el agua seguía corriendo, con un sonido uniforme, interrumpido por breves espasmos, y se oía también, de cuando en cuando, los pasos de don Rigoberto yendo de un lado a otro del cuarto de baño. –Si es verdad que no me odias, dame siquiera un beso de despedida. Como antes, pues, ¿te has olvidado? Ella dudó un momento, pero luego asintió. Fue hasta la cama, se inclinó y lo besó rápidamente en los cabellos. Pero el niño la retuvo, echándole los brazos al cuello, y haciéndole gracias y monerías, hasta que Justiniana, a pesar de sí misma, le sonrió. Viéndolo así, sacando la lengua, revolviendo los ojos, meciendo la cabeza, alzando y bajando los hombros, no parecía el diablillo cruel y frío que llevaba dentro, sino el niño lindo que era por fuera. –Ya, ya, dejate de payasadas y a dormir, Foncho. Volvió a besarle en los cabellos y suspiró. Y a pesar de que acababa de prometerse que no volvería a hablarle de aquello, de pronto se oyó decir, apresurada, contemplando esas hebras doradas que le rozaban la nariz: –.Hiciste todo eso por dona Eloisa? .Porque no querías que nadie reemplazara a tu mamá? .Porque no podías aguantar que dona Lucrecia ocupara el lugar de ella en esta casa?. Sintió que el niño se quedaba rígido y en silencio, como meditando lo que debía responder. Después, los bracitos enlazados en su cuello presionaron para obligarla a bajar la cabeza, de modo que la boquita sin labios pudiera acercarse a su oído. Pero en vez de oírlo musitar el secreto que esperaba sintió que la mordisqueaba y besaba, en el borde de la oreja y el comienzo del cuello, hasta estremecerla de cosquillas. –Lo hice por ti, Justita –lo oyo susurrar, con aterciopelada ternura–, no por mi mamá. Para que se fuera de esta casa y nos quedáramos solitos mi papá, yo y tú. Porque yo a ti... La muchacha sintió que, sorprendentemente, la boca del niño se aplastaba contra la suya. –Dios mío, Dios mío –se desprendió de sus brazos, empujándolo, sacudiéndolo. A tropezones salió del cuarto, frotándose la boca, persignándose. Le parecía que si no tomaba aire su corazón estallaría de rabia–. Dios mío, Dios mío.

Ya afuera, en el pasillo, oyo que Fonchito reía otra vez. No con sarcasmo, no burlándose del rubor y la indignación que la colmaban. Con auténtica alegría, como festejándose una gracia. Fresca, rotunda, sana, infantil, su risa borraba el sonido del agua del lavador, parecía llenar toda la noche y subir hasta esas estrellas que, por una vez, habían asomado en el cielo barroso de Lima.

FIN